

DE CÓMO AQUÍ
SE LE QUITA LA ESCALERA
A LA HISTORIA UNIVERSAL
Y A TI LA MÁSCARA DE ADÁN

(TELARAÑA DE ENSAYOS SOBRE
AYER, HISTORIA Y MAÑANA)

FELIPE ANGEL

Cali

Diciembre 2012

Por Rayuela, para quien
a mi palabra y a mí
integró mía y mío,
Julio Cortázar

“Error de postular un tiempo histórico absoluto: hay tiempos diferentes *aunque* paralelos. En ese sentido, uno de los tiempos de la Edad Media puede coincidir con uno de los tiempos de la llamada Edad Moderna y ese tiempo es el habitado y percibido por pintores y escritores que rehúsan apoyarse en las circunstancias de su época, y desde ese otro tiempo, (...), donde todo vale como signo y no como tema de descripción, intentan una obra que puede parecer ajena o antagónica a su tiempo y a su historia circundantes, y que sin embargo los incluye, los explica y en último término los orienta...”

Julio Cortázar

Rayuela, Capítulo 116 o menos 3, según

PROEMIO

Escalera no; telaraña, telaraña de las que se encogen y se expanden según ausencia o peso de la libélula capturada o de la deglutida en el desayuno como café y pan o, de pronto, como arepa y naranjada: así, como telaraña, funciona la fisiología orgánica del colectivo andar humano; así es porque lo que va del ayer al mañana es, a la vez, la historia y la inmediatez del presente.

La historia tuvo, tendrá y tiene por el presente esa bicorne máscara del ayer y del mañana que la hace telaraña, no riel ni escalera. Bien sabemos que en la etimología romana el vocablo *persona* designa a la *máscara* que, como papel, representa el actor. El personaje, la máscara, devino persona, individuo humano, ya que la ironía o el buen juicio de la costumbre extendió a la *racionalidad* de aquel o de aquella que hoy por hoy se vive persona como hija única o único hijo de su *normalidad de época*.

Telaraña, pues, porque lo que entendemos por historia se vierte en nosotros como la ineludible maña de la no muy sincera máscara del pasado en su elaborarse según tal o cual mañana, no otro. La historia es la manera en la cual se mece el presente mientras organiza el pasado según el futuro que

creo que merece. Así la personal, la familiar, la profesional, la de la cuadra y la de la manzana y la del barrio, la generacional además de la de la ciudad y la regional, de la nacional, continental y, ya ves, la de la historia universal. Persona, máscara, racionalidad, escalera del patán Adán, nacionalidad, etnia, historia universal, normalidad de época, presente, lo que verdaderamente eres y soy al igual que cualquiera humano visto por los siglos ha sido su es, su así soy, su me basta ser como me soy y de aquí no me voy, su convencimiento resuelto en mapa o en dogma, en matemática o credo, su convencimiento de que hacia adelante no es para acullá sino para allá; para allá, carajo, para donde me enseñó su abuelo lo que le usted se debe meter entre pecho y espalda; en fin, indico, pues, que persona, máscara, mapa y dogma, etc., todo ello sin excluir las rodilleras del credo y también lo demás así viene y va, sin escalera, sin riel paralelo sólo a él, sin dogma lineal pero, y esto es lo crucial, igual le da, igual viene y va, viene y va en no roto ni desordenado ritmo, como el ciclo del agua repite lluvia y marejada y el de la respirada armonía, desespero, retirada o plácida lectura, caricia lenta y esperada solidez del ánimo personal construida aquí y ya. Al contrario del títere que Skinner necesita precisable, peor que lineal paralelo, previsible cual autopista primer-mundista y no como el camino culebrero que agita lo que vas a ser; al contrario de la Escalera de Adán digo que pasa; he ahí la telaraña que este libro como organismo porta, ya que leído primero el Ensayo

Menos Cero, titulado *La historia a través de la historia*, libre eres de continuar con cualquiera de los otros, como si la certidumbre y tú fueran redondo menester y no lineal, igual a una telaraña cuya diversidad mana del lugar en que lo diferente se encuentra, el centro de la telaraña, el lugar al cual todas y cada una de las hebras que la integran desde la periferia vienen y van para acá y para allá.

De idéntica forma lo que es igual a lo mismo pero expresado al talante latino del genial Cantinflas, “vienen y van como el conductor intermunicipal que sale de acá, de la provincia, hacia allá, hacia la capital y regresa y otra vez regresa hasta donde desde allá acaba de regresar o sea más o menos como indica el cariño, desde donde acababa de regresar regresó de acá; mejor dicho, como que estaba regresando del regreso inicial, pa’cáypa’llá o sea termina en el principio, pa’cáypa’llá. ¿Cómo que no se va a poder? Poder podemos bailar yo y usted; claro que se puede, cómo no se va a poder si hasta, a ver, cómo le digo, por ejemplamente se puede terminar en el principio, pa’cáypa’llá, pa’cáypa’llá, vea no más lo que pavimentaron de llá para acá, de la capatila para acá. ¿Me va a decir que no terminaron en el principio?”.

Con Cantinflas y no sólo por él con gusto introduzco un eje dinámico del libraco que empiezas; con enorme gusto lo dije y

lo digo en el buen decir de ser quien es Sancho y Quijote a la vez; la ciudad como centro de la telaraña hecha sobre un espacio geográfico históricamente construido desde lo urbano como centro comunicado con su periferia con hilos eléctricos, con hebras de telégrafo, fluviales, viales o de mostaza y gas o mentales y erógenos, estatales y educacionales, esto si llegan los cuadernos.

Ah, si puedes, antes de meterle muela a este texto relee, lee, cata *Rayuela*, de Cortázar: La Maga no teje las máscaras que Horacio desteje como quisieran las libélulas al caer presas en las telarañas racionales que no las besan, a no ser que se incluya el mordisco como variante del beso. ¿Lo ves, Morelli? Al escoger te escoges. Quizá al completar la lectura de ambos libros la frase anterior te diga más de lo que te dijo. Quizá y siempre y cuando sepas que la libertad de quien sube por una escalera no es tal ya que ha perdido la multiplicidad de opciones y variables que rige las presencias colectivas e individuales. De lo diverso, como si hubiese huracán tierno, la libertad de quien atado permanece a una escalera se remite a tres vientecillos: subir, bajar o quedarse donde está. A los caleños pero sobre todo a las caleñas; o sea, a la caleñidad esa libertad se le queda en una muela, y eso para no hablar sino del clásico pandebono caleño para el desayuno. ¿Pandebono no? ¿Pan, arepa? ¿Integral? ¿Todos orgánicos? Cada una de esas libertades gastronómicas y su sumar tres opciones,

pandebono, pan o arepa, saltan por encima de escalera cualquiera, dejan de ser tres al ser atravesadas por la posibilidad de ser o no integrales, que es una variable transversal, horizontal; complejizadas luego son al poder escoger si las deseas orgánicas o no. Es como si la escalera de Adán sacara escaleras laterales en cada escalón y que lo mismo hiciera a su vez con esas laterales al sacar de cada uno de sus peldaños nuevas escaleras, esta vez verticales y así siguiera y siguiera.

No le comentes a nadie que te prefigura una telaraña, oye, tú, que todavía bajas o que trepas aún por la Escalera de Adán; quédate quieto y juicioso en el escalón desde el cual me lees y detente. No sigas. Estás a tiempo para continuar siendo la misma máscara, para seguir ejerciendo el mismo personaje que supone que lo que uno vive durante un instante, el presente vivido instante por instante, el presente en que uno está, es el mismo presente de las cosas y los flujos que lo hacen. pero no, pero es el pasado del Sol Padre el que está presente en el presente de la Tierra Madre; es el rayo solar que nació hace siete minutos y que esos siete minutos se demoró, o por ahí siete minutos, en viajar desde allá hasta acá. La historia del Sol es parte del presente que eres, igual que la tuya. Por ahí en siete minutos estamos en el futuro del Sol que gime fogatas en este momento.

ENSAYO MENOS CERO:

LA HISTORIA A TRAVÉS DE LA HISTORIA

¿Postmodernidad? ¿Será que no estoy actualizado?

Michel Foucault

Aunque me da pena con Gordon Childe,
a la memoria de Glyn Daniel, prehistoriador él

Cuando toparon con lo que llamaron América la Antigüedad no existía y la Edad Media menos pues los europeos dividían la historia mediante el Sistema de las Cuatro Monarquías, que así le decían a la sucesión de períodos comenzados en Asiria, seguidos por Persia y Grecia y por Roma continuados hasta esas calendas, para nosotros tristes ellas, digo yo. La gente y sus querellas, los inversores de Ámsterdam y Sancho, los estibadores escoceses y los conquistadores castellanos, Fray Bartolomé y no sólo Don Quijote sino por igual don Alonso Quijano y la no besada Reyna Isabel; la gente, pues y el mundo ahora ancho se sentía en el período romano de la historia; Roma se vivía como cosa obvia.

La historia, según calculaban Conquista y Colonia, culminaba en la Cuarta Monarquía, Roma, que regiría a través del fluir de los tiempos y la llegada de los días. Al igual que hoy con los inmersos en la Modernidad Posmoderna, lo mismo que ayer con los leninistas en la Unión Soviética, no preveían tropiezo serio ni menos caída. Milenios argumentaban que ese, el del romano imperio, era el período final del proceso histórico; ahí lo humano concluía; *el final de la historia*, como propuso Fukuyama tras derruido el Muro de Berlín. Asiria, Persia, Grecia y Roma, eso digo cuando digo historia, no en broma y sin exceso opinaría un comerciante londinense aposentado en la Rotterdam del Siglo XVII, al igual que su abuelo inglés del Siglo XVI.

Cabalgando sobre el lomo de las lógicas del sisma protestante y anglicano contra la Roma Vaticana la filología, la historia no, no los historiadores sino los filólogos en el Londres del Siglo XVIII sacaron a la luz de lo édito los treinta volúmenes de la *An Universal History from Earliest Account of Time* que, publicados desde 1736 hasta 1765, en un mismo saco metieron lo que hasta entonces se concebía como la historia toda, los cuatro imperios, los cuatro períodos históricos, las cuatro monarquías y, todos a una, lo denominaron Antigüedad como si fuese cuna pero cuna otra había porque la hubo.

Ya libre el camino, acuñaron las nociones que llevan a terminar la vigencia de Roma en el Siglo VII, no un milenio más tarde. Herejía para la Contrarreforma e igual para Torquemada, y en qué forma, hubiera sido ser sonsacados del vivir ellos en tiempos romanos pero ahora las calendas debían responder al tren sobre los rieles del vapor, a la circulación de la sangre de Harvey, al rigor pragmático del método de Bacon, en fin. Por eso desde el Siglo VII hasta el descubrimiento que América fue para los europeos, para nosotros no, gracias; desde ahí, ese lapso lo unieron, lo amarraron, lo tajaron, en uno solo y distinto período histórico que bautizaron Edad Media.

Modernidad y ferrocarril lo mismo son; por eso ambos empiezan su ya prolongado beso con los hechos, su ser presencia consciente y realidad presente en aquellos ires y venires de la década de 1730. No hay motivo para arrebatarse el candor a quien supone la simetría de fechas coincidencia; ¿qué haría con un tren dentro de lo que llama *filosofía postmoderna*? PostAsiria Persia no es; es Persia, es entidad autónoma al igual que las posteriores Grecia y Roma. Por eso, el peso de lo postmoderno merma, aún si radical y de talento pleno, pues auto disminuido está por mantener el cordón umbilical que conlleva el solamente ser *Post*, el no ser vigencia sin más, el no urdir independiente icono ni sufrir el distanciamiento suficiente con los cuadernos de lo anterior; Nietzsche sentadito, vida mía, en el pupitre de primaria, discolo y tal, leal y tierno.

Entonces el objetivo imperial de la maniobra de la Bolsa de Valores de Londres, de la *City*, (do you hear the noun? Would you forget it for our final round?); ¿qué digo?: entonces la maniobra de los filólogos para desmantelar unas nociones básicas de cómo ha sido el proceso de la historia y entroncar otras, salió a flote: somos un imperio nuevo y distinto, una monarquía autónoma, somos un período histórico por sí solo, somos modernos porque un Nuevo Mundo hemos donado a los lares de la historia, somos modernos porque en nada nos parecemos a asirios, persas, griegos o romanos y, por lo tanto,

este período en que estamos, el que construimos ante nuestros ojos sin escuchar el ruego vano de los pueblos salvajes, nómadas y lejanos; este vivirme yo así se llama Modernidad. Tuyo y mío el estribillo, entonces y desde entonces, que así reza lo que otros alegan que confiesa: Antigüedad, Edad Media y Modernidad. Eso digo cuando digo historia, dictó la Royal Society.

Cien años después de los filólogos de la City, más de medio siglo más tarde de la Revolución Francesa, tan moderna y bella ella, carajo, arde el travieso mico de Darwin que a historiadores y público en general obligó a meter de nuevo dentro de la unicidad de un mismo saco todos los períodos, la historia toda, la historia hasta ahí sin plural, para contraponerlo a la prehistoria. ¿Qué tal?, inquirió el imperial nuevo primo del Neandertal mientras aseguraba que *a ese familiar no me arrimo*. Sufran con sal, les vaticinó el destino. La prehistoria está aquí como la libertad fraterna de un igual; Daniel Wilson, mijo, desde aquí, desde Cali, gracias.

Prehistoria, esa es la vaina o ese el regocijo, según, mediante el cual regresamos al criterio *Asirio*, por decirlo con laxitud prevenida para lectores de hoy aunque así fuera, aunque directamente así fuera para el violador y analfabeta Sebastián de Benalcázar al pasar por estas tierras fundando lo que ya

estaba fundado; criterio *Asirio* que divide las cosas vanas y las faenas humanas en dos períodos, el nómada y el sedentario; prehistoria aquel, éste historia.

La Épica de Gilgamesh lo narra como una confrontación entre la prehistoria y la historia, entre el nomadismo y la ciudad. Gilgamesh es cuidador de Uruk, la urbe; dos terceras partes divinidad él y una humanidad, el prólogo muestra su poderío mediante el poderío instrumental sedentario: “Toca las bases; son antiguas. (...) Sube hasta lo alto de las murallas de Uruk; camina a lo largo de ellas, te digo. (...) ¿No es ladrillo cocido y bueno?”. A Gilgamesh se opone Enkidu, el representante del nomadismo, “inocente de las cuestiones humanas ya que nada sabe de la tierra cultivada, (que...) come pasto en las montañas con las gacelas y juguetea con las bestias en los charcos mientras con las manadas saca alegría del agua en un juego salvaje”.

La noción de historia está supeditada a la época desde la cual se le dota de una perspectiva acumuladora de los tiempos todos, arduos por igual que vacuos. ¿Entre ser integrantes de la Modernidad Posmoderna o de lo que vendrá, allá o acá, cómo nos dividirá el aniversario de este escrito cumplido dentro de cien años? ¿Cómo llamarán esos días a estos? Vocablo distinto a aquellos con los que hablas y hablo, quizá. ¿Vocablo

solamente? ¿Solamente *filosofía posmoderna*? Ah, claro, sin el tren encima de la mesa del comedor vocablo sin más, vocablo solito que ojalá tintinee y rime, *vocablito* va bien hasta que mides esas, las primeras pasadas del tren por los recién alineados rieles de las praderas de los búfalos y sus cofradías, no todas Sioux; esas pasadas que vieron los no recientes vientos como aquellas atadas con un rifle a cada ventana de cada lado del tren, así convertido en una ametralladora vil, enorme y móvil. Diezmaron las manadas de búfalos; dos miles un único disparador mató en un día, por ello, único; la palabra quedó intacta. Incluso Whitman, qué cosa; incluso mi íntimo Walt por ahí *atina* en alguna página a exaltar a Custer, el *adelantado*, cuando ante las cofradías de las praderas y manadas, no todas Sioux, cae. Crisis ambiental, ferrocarril y Modernidad, ese es el título que algunos opinan olvidé ponerle a esto que de leer aquí terminas; algunas, menos mal, ya decantaron el inicio de este párrafo final: *La noción de historia está supeditada...*

ENSAYO MENOS UNO
ROMANIDAD Y CALEÑIDAD

Hay un momento de este texto,
el de la primera lectura,
que le pertenece a
Pier Paolo Passolini

Roma, diciembre 1990

Cali, diciembre 2012

La cólera ha extenuado
la triste mercancía del vendedor de seres
mientras en la altura del ciruelo
el rocío desde mil años
deja su carta transparente.

Pablo Neruda
Alturas de Machu Pichu

Así, o casi, como Río no finge en lo alto de un morro la esfinge del que llaman El Corcovado; casi, o así, Cali se aviene a ser lar presidido por la Loma de las Tres Cruces. Como resido desde infante en el Oeste de la ciudad ante mí las tengo, las tres cruces, digo, tanto durante la amante vigilia de lo diurno como durante el turno del tanteo nocturno de Morfeo, sus ensoñaciones, andanzas *et similia*. Cruces solas, sin Barrabás, sin Jesús y sin el del otro lado, cuyo nombre no recuerdo porque por causa que no preveo me niego a saberlo; cruces que desde niño atañen a la sensación de que carecen de su cometido pues nadie hay en ellas crucificado. ¿Cuál su significado? Poco comparto pero mucho entiendo cómo los milenios logran que al ver tres instrumentos romanos de tortura, tres cruces, me parezcan bellas por conmovedoras; lo entiendo cuando el sereno Nazareno desde su tormento limpia lo que mira pero en el momento en que las cruces están vacías dubita lo súbito de lo metódico de aquello que de una vez llega a mi conciencia.

Hay más, me digo; en la vida hay más, más que aquello que la normalidad de tu racionalidad te indica; hay siempre un patio de atrás, uno hay en toda cosa, en todo lar, ya simbólico, ya amoroso, de ocio o de negocio o ya de neta espacialidad. Es el lugar del chispazo inicial, el primer paso del espermatozoide que fuiste, que eres y serás. Otro ejemplo: el inaugural chispazo entre potasio y azufre que alumbró o sufrió el espacio

ocupado por un cuerpo vivo, el del mico, el tuyo y el mío. Sin ese chispazo ni siquiera estarías presente dentro de lo vivo; ni tú ni yo ni nada de lo viviente pero reside tan atrás dentro de los engranajes que encadenan lo sucesivo que poco va hacia ti en cuanto tu pensar y tu sentir, que poco lo sometes a elogio, que poco lo vituperas porque ni lo mencionas en la autoconciencia que te narra como un espejo de tu pellejo y de lo que de las vueltas del mundo agarras o sueltas.

Si te tensionas, si te escondes, si te anhelas, recupera el raciocinio individual, tan distinto de la racionalidad; el raciocinio individual es el martillo vital con que la evolución te dotó para que construyeras, mantuvieras o rompieras la cristalería de tu normalidad que sólo visita el imperio de la costumbre, ese vertido paraíso cotidiano del que Ennio nos precave desde mucho antes de Jesús, desde los primeros tiempos de la cruz. Hazlo; construye, consolida o destruye lo que dicen que eres, tu personaje, tu máscara, la persona que eres. Tu razonar dejará desnuda la flacura del andamiaje de esa racionalidad que elige si te tensionas, si te escondes o si te anhelas y vuelas. Que lo que de eso sea que al menos sea en homenaje por algo que existe de veras, más allá de lo sinceras que son las actuaciones del personaje, sus máscaras y los grados con que hierva el agua de panelas que, con limón, alegan que mejora esa clase de maluquera de la sinceridad. Existe lo que existe no en vano, no en el profano azar ni en el

díscolo intento individual; existe porque desde el patio de atrás llegó hasta aquí impulsado por un chispazo inicial, en este caso la cruz sin crucificado, la romanidad de la caleñidad.

Latina, así tildo y tildan a la parte de América donde está Cali. ¿Por qué Latina? ¿América por qué? América refiere poco más que un navegante un tantillo más apto que los mediocres y los petulantes. ¿Por qué no, más bien, Homérica Latina? Así se avendría el solaz de lo serio a referir lo nuestro no solamente desde la romanidad sino desde Grecia también, lo cual no estaría tan mal, de ser verdad. Así, pues, ¿por qué Latina? La cruz sola, íngrima, el anuncio del miedo, el látigo tácito, lo previo a lo ácido de los hechos del almuerzo o de la tortura, la consecuencia que es causa del miedo a lanzarme a vivir los defectos del ser feliz; hacia allá, íntimo, íntima, mira lo que del hábito señala y mima mi lira, lo que del actual ser tú hallas si no encallas ni deliras, o sea si no callas lo que por voluntad propia en la intención leal eres, lo que de verdad resulta aquello que es lo que eres por más rutina que lo blasfeme, por más que el candor encadenado a tal hora te espere. Latinidad de ese vivirse a medias entre los hechos y lo que pretendes, tan lejos del natural aventarse a los instantes de muchos otros pueblos, sajón, vikingo, indio, musulmán, indígena, protestante, de Ciro o de Babilonia; ah, y chino y etrusco, entre otros.

La romanidad y la caleñidad, la vera latinidad en Veracruz, La Serena, Lago Puelo, Bogotá, Los Angeles por dentro y en Neiva York y en la playa de Montevideo, en Temuco y en Pablo, su hijo, que tiene mi raíz y lo que hablo, los mismos somos desde el sur armónico de bríos y silencios con los que parlan los milenios y los árboles; los mismos desde lo que vigila que nadie perturbe la ternura, lo patagónico, hasta más allá del río terrible que al norte nos separa, o eso dicta esta normalidad de época, nos separa, pues, del rojo cuello de los vikingos, de los protestantes, de los que nos tienen convencidos que vivimos un nuevo periodo histórico, la Modernidad, de los que se casan con cláusulas prematrimoniales y desconfianza autenticada en Notaría y todo; mejor arrejuntarse, alega la hora del beso, de la latinidad y del íntimo abandono. Pero otra vez no se puede; imprescindible que tu relación de pareja se teja con el sello de la normalidad de época para el registro de nacimiento de la cría, para la adquisición de una casa o para la herida de quien hereda la pensión de la pareja, si compuesta por géneros contrarios porque de ser del mismo la normalidad de época le arrebatara incluso la enorme honra de auto excluirse.

La normalidad de época del *american way of life* arrasa hoy la ancestral cultura china como ayer la japonesa, a pesar del arrojito de Mishima; eso en Asia, eso en África y en Oceanía pero no ha logrado penetrar la latinidad que se *parcha* en la

esquina de su cuadra. De menor valía no resulta incorporar en este instante de la argumentación a la Comunidad Latina de los Estados Unidos de América. En un país nutrido por las migraciones populares polacas, australes, irlandesas, asiáticas y de los diversos puntos cardinales que en este mundo caben, en los Estados Unidos de América la latinidad, su romanidad, la comunidad latina normalidad de época desprecia y arrecia década tras década su autonomía identitaria que la hace negarse a integrar el *american way of life*; mejor quedarse en la latinidad de la familia que huir hacia la soledad de la quinta generación del self made man hecho en 1800 sobre el desprecio a lo que no era europeamente Moderno, en 1900 sobre lo que no era estadounidense moderno y hoy a lo que no es postmoderno. Otro caminar camina el sendero de la latinidad, incluso en los países desarrollados.

Sin precedentes en otras comunidades, los latinos, bien dicho, carajo, los latinos en Estados Unidos desconciertan a las autoridades y a los vecinos; su normalidad de época difiere. Jefferson lo quiso y constitución lo hizo, Paine lo aguijoneó para siempre como quien aplica un remedio y, bueno, cada quien a su aire y en su dominio, no sólo en Walden; salvo, claro está, los cientos de esclavos propiedad de George, el nieto de un tal Mr. Washington, que sabían mejor que él el arte antiguo de romperse la espalda al sembrar algodón.

Las Tres Cruces de Cali señalan sino explican por qué la Comunidad Latina es constitucionalmente correcta pero culturalmente incorrecta. Lo es por mantener su romanidad en medio del ámbito de una normalidad de época que se supone Modernidad y se titula nuevo período de la historia, nada que ver con Roma, su falta de dinamita y de locomotora; en fin, su rota gloria.

América, ¿por qué latina? Pregunta plural. Pluralidad para acceder a la cual la ceguera de la normalidad de época, que no se equipara con la neutralidad, impone su dificultad al vendar nuestros ojalás, nuestros ojos y lo par; ceguera a su vez impuesta por la horma de la historia como una escalera que empieza en la Antigüedad, pasa por la Edad Media, el Renacimiento y llega a la Modernidad y a la Postmodernidad; ceguera metodológica, mijo, así que guarde su impoluta buena voluntad para una siguiente oportunidad.

Cardúmenes al ojo que mira, al vendado no, se le antojan los miles y miles de fieles que en la Floraria suben a la Loma de las Tres Cruces, imitando a Jesús cuando peregrinó en lo que siglos después la tradición empezó a llamar Semana Santa; sigue siendo la misma Floraria romana; eso en principio pero previa venía, venía del primer sedentario linaje hasta arribar a las barbas mismas de Gilgamesh, del arquetipo del primer

Estado que gobierna sobre un territorio dado, Estado fundado por la ciudad para posibilitarse imperio, tal como el persa aquel, el tipo llamado Ciro, que giro histórico dio al unguir lo que a mi día unge. No sólo el de Belén, no sólo los fieles caleños a tutiplén, sino la urbe, la campana, lo citadino, lo sedentario que se congrega para celebra la prosperidad que la ruralidad le entrega. Las cosechas, las multitudes, el vino y el pan en esas fechas vienen y van desde que la ciudad es ciudad; en Cali siguen y seguirán las miríadas en lo que la romana procesión consideraba ya en esos tiempos como la celebración inmemorial denominada Floraria, ya que la flora en la pradera sembrada ahí y así, urbanos en la urbe, los tenía y mantenía.

Romanidad de la cruz refiere la cruz antes del nacimiento de Jesús, a la Floralia y no a la Semana Santa, a la cruz de la Roma Republicana previa a Octavio Augusto, la cruz sin Jesús, la cruz como la concebía un germano y la temía su madre, la sola cruz con su romanidad plena de furia astuta e institucionalizada aún, la calculadora racionalidad experta en determinar cuánto sufrir carácter y cuerpo resisten, la cruz presa de la espada donde lo exquisito del placer lo da el ajeno sufrimiento; esa cruz vacía en una escuela en Filipinas, en una oficina en Manhattan, esa romanidad en el abecedario del comportarse para no llenar el vacío hace que no únicamente el hálito religioso posterior a Jesús cubra la desnudez de esa cruz sino que, por igual, logra que desde ella fluya la presencia

de una venenosa luz hijastra de la civilización romana, de la Cuarta Monarquía, que desembaraza la pereza que no deja mirar más allá del velo cristiano de los conquistadores consolidado durante la posterior Colonia y repetido como virtuoso pajarraco por las narrativas republicanas que hoy somos.

Al usar el calificativo latino, latina, refiero la cruz previa a Jesús; señalo la romanidad pre-Vaticana de nuestra manera de ser; vislumbro en estos días permanecer como permanecen en las mismas correrías y viandas, en las y los iguales carretas, acueductos, balanzas e inciso tal o cual de la ley penal y de las otras como la administrativa y la comercial, además de la vigencia del celebrar el asno de oro y del sollozar, de la pared como papel para la calumnia o para lo que esclarece la sagacidad en lo que hoy denominamos grafiti y en Roma no sé ni pretendo averiguar, del mercado sin ágora, del ágora comercial como narrativa oficial pero, sobre todo, de la efigie de Julio, el César, en la mirada impresa en cada moneda de, digamos, un *assis*, la de menor valor en aquellos idus de marzo; con los ojos de Julio, el César, la mirada de la moneda busca lo que sitúa la importancia más allá del que está frente a él y a través de esa sutil propaganda deja a cualquiera en su poco destacado lugar pues lo que importa está por allá atrás, por allá para donde miran los héroes. Son rasgos de un carácter general que proviene de la Roma antes de Jesús, antes

de los césares y del vasto azote imperial, aquellos días supuestamente terminados en lo que hoy fijamos como el año 0, aquel desde el cual transcurridos van 2012 años, doce meses y doce días. Miento porque miente la normalidad de esta, mi época: no van 2012 años, doce meses y doce días pues habría que sumar o restar lo que Gregorio, el papa, modificó de las cosas sujetas a las fechas, sumar o restar las decenas de días que quitó o puso para que la Semana Santa coincidiera con la Floraria, es decir, con el florecer de los horizontes primaverales, de los cereales y las barrigas coloquiales, de las semillas y los bolsillos y las cosechas.

De ahí que el calendario gregoriano respecto a los días romanos impide la hermosa cercanía de lo dado a ser verídico; la fecha actual es un constructo modificado, no representa la suma de días, meses, años, décadas y siglos milenarios que desde el romano año 0 hasta hoy van, según dicta el rigor matemático del calendario de Sosígenes, el alejandrino. Gregorio, el papa, derrumbó la estantería métrica aunque logró que con el falso dato se conservara la misma simetría anímica, la tuya, no la mía, que procuraba el dato cierto. ¿Estamos o no estamos en el día 12 del mes 12 del año 2012?

Insisten en erguir su reflexivo y necio alud de preguntas romanas las tres cruces vacías en la loma caleña, aquellas

previas a nuestro calendario, la tripartita cruz que no mira sino la que de su poder nos advierte, la madera atravesada a otra madera, el árbol de cuya semilla salieron ese par de troncos en aquella colina de Jerusalén anclados, la romanidad de la caleñidad, la romanidad que desde los suburbios neoyorkinos hasta la Patagonia vibra, patalea groserías y asevera lo que niega la notaría, la *nosotrocidad* de nosotros y su edad, Gregorio aparte; es decir, lo básico del así ser latinos; lo básico que como corazón conductor ata iguales lo mismo a aquellos de antier que a ellos, los de ayer, que a nosotros, los de hoy, y que a ustedes, los de mañana.

Compadres, comadres, les presento la huella del primer paso de nuestro largo camino desde la romanidad hasta la caleñidad; camino latino y a bailar; bueno, lo sé, no siempre la hora admite bailar; entonces en el rigor cantar, rigor menor o mayor, lo mismo da. Ya te entiendo, cómo no; silba, entonces. Tampoco se puede, me dices; en ese caso búscate en el silencio plural con el cual hay indígenas, afros, mestizos e indios que miden la edad de la ajena necesidad, el lugar de la milicia en lo de la sociedad civil, el apego a memorizar poemas, la cíclica coyuntura que concita las Catilinarías en el vano turno de intentar ser Cicerón, los golpes de Estado y la politiquería a lo que nos enciman la cotidiana estulticia romana del jefecito al con un gritico mandar al mensajero a consignar, la vera latinidad, esa a la cual identidad, edad y sentido miden desde

otros procesos históricos de civilidad decantados en más que un par de milenios, doce años, doce meses y doce días; ya, ya, tienes razón, mal contados no sólo en cuanto torpe suma cifran sino mal contados por las narrativas no matemáticas, como la que cuenta esa vaina de la historia como la fiera escalera en cuyo tope nos declaramos, la fiera escalera que no aguanta lo que solicita de causalidad la actual latinidad, que no resiste la pregunta que no eludimos porque no nos da la gana: América, ¿por qué latina?

ENSAYO MENOS DOS
LOS TRES MOMENTOS
DE LOS PROCESOS CIVILIZATORIOS

Para Uto,
Augusto Angel Maya,
porque primero fue de él
y nuestro después

Considerando en frío, imparcialmente,

César Vallejo

El cíclico Sistema de las Cuatro Monarquías, Asiria, Persia, Grecia y Roma, en el cual una y otra alrededor la una ciudad imperios se forman, consolidan y caen, es la manera en que funciona la historia. Lo es debido a la vieja fisiología ecosistémica de lo civilizatorio que muestra los tres momentos de su relación con el entorno externo, que son:

a) Es este, el primer momento de los procesos civilizatorios, marcado por la llegada de una población homínida a una espacialidad geográfica, durante el cual la atarraya simbólica, la instrumentalidad y la manera de organizar la sociedad se construyen según dicte esa espacialidad; o sea Bachué y el Salto de Tequendama, maloca para el trópico y no iglú, ruana en el páramo y el Sahara no, fronteras de cacicazgos o naciones dictaminadas por ríos, selvas, mares o Himalayas y la vertiente noble de la sexualidad tibetana que planta del pie y orgasmo hermana. El final de este momento se decanta con la elaboración de un andamiaje conceptual que se genera holístico, incluida la creación del mundo y el paraíso perdido o futuro; andamiaje destinado a cohesionar el conglomerado alrededor de la ya comprobada eficacia de la instrumentalidad desarrollada; es el esquema de la racionalidad de ese proceso civilizatorio.

b) Es este, el segundo momento, aquel en el cual lo humano se impone sobre la espacialidad física, el momento de la consolidación civilizatoria dada por el uso y dominio de lo brindado por el territorio, que pasa por dos fases: en la primera fase se verifica el crecimiento de la productividad, del confort y del derroche, el crecimiento geométrico de la calidad de vida humana y la geométrica pauperización del territorio, sometido por la potencia homínida al desvertebramiento eficaz de su funcionamiento como sistema y, en la segunda fase, en medio de un crecimiento poblacional desbordado el esquema de tal racionalidad inunda la rutina individual de las vidas y los sueños del conglomerado en lo que denomino normalidad de época. El afianzamiento del modo de organizarse socialmente lo concreta la celebración de los pilares de la atarraya simbólica, Thor, Júpiter, Jesús o Mahoma, mediante la instrumentalidad que construye pirámides egipcias, budistas en Sri Lanka o murallas de Adriano o chinas, Stonehage o el Lavapiés de San Agustín, mezquitas como la de Estambul, iglesias como la Catedral de Frankfurt o las inmensas estatuas de piedra de la Isla de Pascua. Porque lo consolida, lo civilizatorio se celebra a él mismo inmensidad arquitectónica.

El que Augusto, la mitad César militar y la mitad divinidad proclamada por el Senado al así, Augusto, bautizar el hasta entonces Octavio; así pues, el que Octavio Augusto, el César, se antojara de una narrativa fundacional para explicar la

emoción de la tanta y tan inmensa bonanza con la que Roma suponía complacer los límites del placer y bienestar humanos; ese antojo y que para satisfacerlo Virgilio anduviera por ahí, dan la medida de los procesos civilizatorios en su segundo momento. La normalidad de época rebosa un esplendor que no cabe en las narrativas griegas vigentes. De ahí que demande antojos holísticos y ordene que las intuiciones de senadores y plebeyos se viertan en una racionalidad madura, dejando atrás el esquema de la racionalidad elaborado durante el primer momento de los procesos civilizatorios.

Para entrar en el tercer momento de lo civilizatorio, Roma demanda una ortografía simbólica que determine ineludible su esplendor y su grandeza invencible; esplendor y grandeza puestos ahí por la espada y los impuestos en una diferente articulación del presente mediante un *nuevo pasado*, uno legado en un biblos clásico, en un libro asumido como una biblia acatada, La Eneida. Un nuevo pasado, uno en el cual Ulises sea no el héroe fundacional que es para lo griego sino el “falsario”, como se lo califica en el Libro II de la Eneida con el argumento de que su ingenio en Troya entró a caballo y no a espada. Zeus pasó a ser Júpiter, Afrodita Venus, Hermes Mercurio y la odisea de Odiseo, el por otros llamado Ulises, el mismo camino de regreso a Itaca, las peripecias las mismas, pero ahora por Eneas, el troyano que odio y veneno expele contra lo griego en su afán por consolidar la autonomía

necesaria para que en Roma la nueva racionalidad explicara la más que próspera normalidad de época, con calendario propio que comienza cuando lo romano empieza, con Derecho romano que aún rige lo latino en suelo americano et similia, con los caminos cuando todos a metrópoli van, etc.

c) Es este, el tercer momento de los procesos civilizatorios, aquel en cuyo inicio el territorio muestra que sus recursos mermados ostensiblemente pronto no satisfacerán las necesidades del conglomerado poblacional, a continuación de lo cual la normalidad de época, la rutina diaria, se hace rota continuidad, esplendor para unos tantos y a veces sin ni siquiera piedad para la mayoría que, poco a poco, pierde calidad de vida, estabilidad jurídica y psicológica, vigencia de época y lo que pete a quien asevera *esta boca es mía*. El esquema de la racionalidad diseñado al final del primer momento pierde un brazo con una obra de teatro, un ojo ante el antojo generacional cuando comprueba que no le toca lo que de prosperidad le tocó a sus viejos, el ojo otro mediante ritualidades donde rigen nuevas sacralidades, en fin. La instrumentalidad reta a lo innovador para que reemplace los recursos naturales con algo por ella fabricable. No lo logra. Entonces, una vez que el esquema de la racionalidad, la normalidad de época y la eficacia de la instrumentalidad demuestran su debilidad se cuestiona la forma de organizarse como sociedad. Después se lucha con ferocidad lo que antes se

aclaraba con la racionalidad, se ejemplificaba moral con la normalidad de época o se subsanaba con la instrumentalidad. Y, bueno, se derrumba ese proceso civilizatorio, sea asirio o Persa.

En el primer momento la espacialidad geográfica, el entorno exterior, se impone con su prodigalidad a lo humano; en el segundo, lo humano con su prodigalidad se impone sobre el territorio y en el tercer momento vuelve la espacialidad geográfica a imponerse sobre lo humano pero ahora por su falta de prodigalidad, por su duelo ante el seco suelo, la desaparecida especie y de aquellas que en ella merendaban, el agua envenenada igual que el aire.

Así sucede una y otra vez, momento civilizatorio por momento civilizatorio, siglo por siglo, en escala local, en medida regional, en monopolio continental y en acaparamiento global. Así la civilización Calima y la Asiria así; así en la tropical Indonesia y en la Patagonia necia de nieve y libertad; así antes y después de Arsubanipal o de Gengis Kan o de Tamerlán o de Lincoln; así hasta en Tarzán se entiende la causa por la cual lo humano insiste en parecerse a sí mismo.

ENSAYO MENOS TRES

EL DÍA DE LA QUINTA MONARQUÍA NO VENDRÁ

...estas tierras regaladas
por una reina a un navegante loco.

Miguel Angel Asturias
Las leyendas de Guatemala

De aterrizar en el Siglo XVII nuestra racionalidad encontraría una manera otra no del suceder de lo sucedido en la historia sino del saber cabal que posee cada época y cada quien del momento que le es contemporáneo, del saber real de la causa por la cual lo que está aquí está así repartido y organizado tal como está y no de distinta forma; el lugar en la historia, nada menos, nada más. Encontraría, pues, nuestra racionalidad la historia no como se supone siempre ha sido, como una escalera en ascenso permanente, sino, por el contrario, concebida como el cíclico repetir los tres momentos de lo civilizatorio en todo lugar por pueblo cualquiera.

La racionalidad de la Modernidad, la que conlleva a concebir la historia como un subir perpetuo, la historia como una misma escalera desde Asiria hasta que se oiga, la que supone que lo humano permanece siempre trepando un nuevo peldaño, no es igual a la conducente al vaivén de una historia que recorre los mismos tres pasos de su telaraña vivencial, los mismos tres momentos de todo proceso civilizatorio que ya con antelación una o veces varias anduvo lo humano.

La normalidad de época se constituye racionalidad colectiva estatuida con base en lo que entendemos por el pasado y por lo que pretendemos del futuro: eso es el presente. En ese sentido nos vivimos como somos en los latidos o en los lomos de lo sucesivo de los instantes. Siglo y medio, o poco más si

contado desde su inaugural aparecer y si contado desde su consolidación mucho menos; siglo y medio lleva la vigencia de aquella vivencia llamada Modernidad. La historia cala como el ansia con la que la vista viste el mapa en la mitad del viaje.

Hoy alegan que es el día 12 del doceavo mes del año 2012 pero podría bien no ser tal sino, sin quizá, sería más ajustado numerarlo el día tres del tercer mes del año 212 de no haber descabezado la propia Revolución Francesa la vitalidad del calendario, no el 18 de Brumario del año cuatro; cinco, tal vez. El que yo crea que sé o el que suponga que vivo, cómo no, en el año 2012, no el 212, me sujeta partícipe de una lógica que amontona sus cosas porque de la misma estirpe son; me sujeta al Romano Imperio pues desde allá empiezan mis cuitas a juntarse como una docena de años sumados a dos milenios, doce meses y doce días. Porque es vivencia comunal es continuidad simbólica y no vana elocuencia tangencial. El calendario ritma tu oleaje vivencial pues determina cuándo reír y cuándo la cautela el tono baje hasta callar, cuándo de casa salir y cuándo no usar ropa de calle, de universidad u oficina; ritma cuándo celebrar tu cumpleaños y tus vacaciones o lo largo del lapso sin empleo. 12 de diciembre del año 2012, a eso llamo *romanidad actual*, a lo que guía aquello con que lleno el día a día que soy.

Romanidad que rige hoy desde la mismidad, desde el equivaler cabal, desde la pasión agitada en las graderías del redondo escenario y desde la pecunia menor y mayor del legislar, del loar y del sujetar la verdad en aras de la habilidad política; así por igual la romanidad desde la epistemología alejandrina rige hoy en medicina y en cartografía, en astronomía y en educación. Hoy se viven los 365 días anuales del calendario de Sosígenes, el alejandrino. Adoptado fue por Julio, el César, cuya vanidad como mes incluyó el suyo justo antes del dado al nombre final de su predecesor, Augusto, aquel que nació Octavio, que se construyó César antes de ascender a Augusta divinidad, a la cual fue llevado por la vulgar amplitud de la cuantía y de la lejanía desde la cual a Roma llegaban yeguas y uvas, impuestos, viandas y ubres, riquezas y tanta cosa, vaina tanta, caracho; aquel que nació, batalló y reinó bajo otro calendario.

Similar al otorgar el nombre de Cali, no de Bogotá, a esta mi natal ciudad; igual al calendario y al que yo responda al nombre de Felipe y no al de Alejandro, la historia es una construcción modificable; como lo construido todo, necesariamente modificable por el ruido no estable del andar de cosas amables y de aves de mal agüero; es así ya que nace vertida en una secuencialidad viva constituida en un cuerpo simbólico o sea en una idea y en un concepto vivo y viva en tu cabeza, en tu caminar y tu saliva, en tus sentimientos más

ocultos primero y después en los que revelas a los demás. No siempre como uso y costumbre estas actuales nociones de Cali, historia y calendario nutrieron el abecedario del proceder humano. Vilachí, Vilachí, óyeme, lar mío, pronunciar para ti tu inaugural designio.

El andar histórico comprendido como hoy lo entendemos, Antigüedad, Edad Media, Renacimiento y Modernidad, o lo que es lo mismo esclavismo, feudalismo y capitalismo, poca mella produjo en lo que afirma el Sistema de la Cuatro Monarquías pues, qué pena pero qué alegría, hoy, o sea el día 12 de diciembre del año 2012, se vive el período romano de la historia. Incluso se celebra en pocos días con la finalización de este año la globalización del artefacto de Sosígenes; se celebra con luces, brindis, promesas, abrazos, llantos mansos ante la potencia de la dolencia; en fin, lo que abre el año nuevo, el supuesto 2013, celebra la esfera terráquea como quien asevera que ha dado una vuelta al Sol Padre; otra.

Pero este texto, como constructo histórico que es tal cual inodoro y acueducto, tal cual historia, calendario, desdoro y noria, tal computador y cuál su memoria; este texto de esta manera, como constructo histórico, al ayer, a la historia y al mañana un traje distinto confecciona, uno asumido desde el Sistema de las Cuatro Monarquías, no desde la historia como

una escalera, no desde la virgen vivencia de Adán antes de Eva. En el final de la romanidad, en el final de la Cuarta Monarquía, o Modernidad llamada como ella se diría, Postmodernidad incluida; ahí vamos, humanidad.

El Sistema de las Cuatro Monarquías oleajes de flujos y reflujos propone, con lo cual se opone a la engreída comprensión actual de la historia donde la gloria consiste en el sucesivo subir escalones sin retroceder, sin el democrático ir y volver de cosas y olas, pues el proceso de lo homínido les parece escalera y no, como a mí, nido en la Madre Tierra. Cambia todo, nada varía. La varia rabia y sus guerras queda y quedan; vencedor de Antonio queda Julio, el César, en el marco bruto de la batalla de los ejércitos y en la envidiable lucha de los lechos de Cleopatra, la que no sé si así y ahí vendió o no el clavel de la tristeza de Isis; Ciro queda y la pospuesta quema de Sardis y el anatema del que nunca supo que lo llaman San Juan Bautista, Jaocanán; queda que Colón atracó a y en playa tal de isla cual. Los hechos no mudan pero en el según de la perspectiva de la cosa reposa si se dan mudos o cantan, si sudan o no sudan, si nudos son que se decantan o que sin remedio permanecen en la esterilidad de lo quieto.

¿Qué es la historia a la manera actual? Es la historia sin prehistoria; la historia no por oleajes, por ciclos no, no por

eras; es la historia como un ininterrumpido ascenso; la historia que no admite más que la victoria del día siguiente sobre el previo; la historia concebida por los filólogos de la City londinense a partir de 1736; la estructurada por Hegel como vehículo ascendente para construir nuestro acercamiento al Espíritu Absoluto, que no es cosa otra que lo conservado de aquello que de propositivo la humanidad ha experimentado, sabido, sufrido o gozado; la que Marx retomó de los filólogos de la City y de Hegel para establecerla como tinglado del conflicto de lo humano y que sus contradictores aceptaron y aceptan puesto que la construyeron; la historia como el ascenso desde la esclavitud dada en la Antigüedad hasta el amo y el siervo feudal y de ahí saltar con la garrocha del comercio, del burgo y del Renacimiento hacia el estado de cosas que permite vivir el sentir de Adán, el vivirse ciudadano sin más, el esquizofrénico pretender ser *in vitro* de la Modernidad a cuyo aguzar síntomas llaman Postmodernidad, el sentir del ser inaugural que todo lo derrocha, el complacerse hijo y nieto del cemento y no del árbol ni del alimento, el sentir pendejo y leal de ser más que lo demás de la historia toda; la historia como relato que para poder la Modernidad posar de Adán renuncia al Sistema de las Cuatro Monarquías y, qué cosa, lo hace a nombre de lo mismo con las mismas, a nombre de las nuevas monarquías de los Siglos XVI y XVII, a nombre del empeño sudoroso de practicarse romanidad imperial, a nombre de ello agiliza su terquedad por

desmantelar el paralelo vivificante con otros períodos históricos y se dicta escalera interdicta, salvo su reciente escalón; la historia así concebida zancadilla perpetra a los historiadores pues su corporalidad lineal, engreída y positivista niega lo que liga presente y pasado y desmantela lo que el presente aviva del pasado en la llama futura; es la historia como estrangulamiento analítico; la historia que mora, o lo pretende, en el pent-house del edificio del proceso homínido; o sea la Modernidad, y su pequeño acápite postmoderno, su rabieta según la cual el resto de lo vivido son los pisos de abajo, innecesarios y superados ya; la historia que ha llegado a su meta o eso espeta, su meta de proclamarse proceso civilizatorio auto gestado novedad, exclusividad y adánica identidad, el construido sin pasado y el sin igual, el proceso que no tiene futuro porque en su parecer estamos en él, el proceso que se hace civilización bajo la premisa de que no surge de un proceso sino que alega con la ufanía de lo adolescente que su medicina, la medicina de la Modernidad, nada debe a Herófilo para no mencionar a Hipócrates ni que su astronomía inicia al recuperar el libraco aquel, las Cónicas de Apolonio, y para que su instrumentalidad no sea tildada de igual a la de pasadas épocas a la suya nomina Tecnología y a las previas vil Técnica. Difícil salirse de la concha de la racionalidad de la Modernidad para percibirla como una más, no como la superior, no como la que es, no como la definitiva, no como el más alto escalón del espíritu humano; difícil.

La historia como una escalera conlleva el descalabro del Ícaro de turno por dos vías: o cuando la plataforma instrumental se rompe por la indebida altura que su pretensión no calcula ni que la ínfula burla o cuando no logra alzar más su estatura lo humano porque el entorno no humano bravo, seco, esclavo y hueco está. Esa coyuntura anega lo actual; esa coyuntura que dejará de serlo si seguimos con la usual noción de la historia como una escalera y que devendrá inane estabilidad de un breve lapso, hábil él en disimular que sus días no son más que la espera final de la caída del proceso civilizatorio que estos tiempos desde Roma son.

En el Sistema de las Cuatro Monarquías trazar un derrotero, un animar, un proseguir se da con lealtad al pasado; así cría, manada y alegría por lo menos tendrían un hacia dónde ir. Tres veces sucedió igual; tres veces balbuceo, consolidación, expansión y caída imperial; Asiria, Persia y Grecia son tres procesos civilizatorios basados en el desalojo del ajeno lar y lejano; tres veces cayeron como caerá la Cuarta Monarquía, la romanidad global, la no sólo intercontinental, el cuarto Imperio, el período final de la romanidad: la Modernidad Postmoderna.

La presente noción de historia impide enfrentar el cambiar climático, aja el besar el pasado mañana sin vomitar en el

mañana, ataja el fluir mediante la insensatez de huir del posible hundir en el pasado su cordón umbilical. Final no, finalidad sí; he ahí lo que hacia ti de tu historia viene, he ahí lo que contiene: la escalera no puede eludir tener un final, los ciclos sí.

El día de la V Monarquía no vendrá; no vendrá porque los procesos poco avanzarán más allá del primer momento de lo civilizatorio, salvo en ámbitos locales y algunos que la topografía extenderá a regionales. Exhausta, la Tierra Madre no tendrá más leche en su seno para alimentar a sus progenies de flora, de fauna o del díscolo humano los imperios, monarquías, metrópolis y derroches repetidos a mansalva contra la prudencia y la calma.

Cada una de las Cuatro Monarquías indemne empezó su gesta, indemne pues cobre quedaba, plata había, hierro se conseguía, carbón bullía, tungsteno y silicio no faltaban ni aguas ni especies diversas de flora o de fauna dispuestas a medicar su quimismo a las desemejantes enfermedades, a las diferentes necesidades, a las tortas urgentes y a las otras. Un imperio se construye no por obra y gracia del humano y sagaz ingenio ejercido esfuerzo denodado, aunque sin ellos lo escaso se edificaría triunfo del que sin adecuada razón primero ría, pero vea usted el caso en que se encontrará quien pretenda erigir la V Monarquía, mídalo y la grafía de lo posible queda sin estaño

o cobre para el bronce, sin carbón que alumbré bombillo casero y sin auto que a la cumbre de los Andes me lleve como pasajero, sin yunque ni pasto o sal o agua para el buey que ara, sin suelo fértil que calme lo que el apetito depara ni habrá del cóndor nido desde el cual, conmovido, se otea lo magnífico.

Tras la caída de ésta, la nuestra, la Cuarta Monarquía; tras la caída de la Modernidad romana, así como de su ingeniosa y dañina amalgama que se proclama criatura postmoderna; tras la caída de las ánforas amables del confort de mis días Natura será incapaz de erigir ciudades. Una especie de ruralidad estatuida estabilidad más cerca de lo nómada que del sedentarismo, crecerá hasta fundar villorrios, no todos efímeros respecto de lo que a costas traen los siglos pero, y no es apuesta ni es abismo, ninguno destinado a convertirse en ciudades como las de hoy, metrópolis succionadoras de lo que vasto crece lejano, urbes centralizadoras de lo no vano y de lo vano. El sedentarismo, lo que hoy se llama historia, lo que bárbaramente se tiene como lo único digno de emplazar civilización y de lo humano la plenitud de su vocación; el sedentarismo, pues, es búsqueda y encuentro no de Natura sino de la ciudad; no es más.

La I, la II, la III y la IV Monarquías son ciudad pero el día de la quinta metrópoli no llegará ya que ciudad es imperio; ciudad,

avasallamiento de la pradera; ciudad, racionalidad a la medida de su edad según en cuál momento de lo civilizatorio va; ciudad, normalidad de época cuando altiva prosperidad paradisíaca la saca de Natura o lo pretende; ciudad es tractor y carretera rural para sacar las cosechas que han de alimentar los retoños urbanos que no siembran la ancha Tierra Madre; ciudad, monocultivo; ciudad, derroche y confort para hoy y hambre para las centurias del mañana; ciudad, machista y patriarcal como sus dioses, vestigio del Zeus Cronida, el violador que civiliza con el argumento del trueno como si para tal cometido fuese bueno.

Quedará lo homínido no amarrado al trueno imperial de la ciudad sino a la empatía con Natura sujeto, dejará de presumirse universo dentro del Universo, se decantará terrícola y lo cantará pradera arriba, pradera abajo, en lo que para entonces fue y ya no sería Pensacola, Cali o Canadá o a donde tus días ahora te señalan coterráneo, lector, lectora.

ENSAYO MENOS CUATRO

PREHISTORIA POSTMODERNA

Al que tradujo
la vasta intuición de Darwin
a la poética latina de América,
César Vallejo

El primer paso indica la dirección del camino.

Publilio Siro

Hija no de sus días; hija no de Toto, botánico farmaceuta australopiteco él ni tampoco de Toto el cirujano pitecántropo ni siquiera del más adorable de los homínidos, Toto el pintor neandertal, oh, no, no, no en su versión actual parida con dificultad por las monarquías del Siglo XIX europeo en su ejercicio por decantar en racionalidad su noción de metrópoli imperial; hija, pues, ni de sus días ni de su progenie la prehistoria, vida mía, un saludo, resulta más bien un constructo histórico de determinada circunstancia y lugar, un modificado y modificable lar simbólico y pare de contar después de sumar su eficacia domesticadora sobre el cómo nos organizamos socialmente y sobre el a quién en bienestar, recreación, salud, educación, prosperidad y tal reeditúa el colectivo esfuerzo, el trabajo comunal, el laborar de todos uno a una cada cual. La evolución de la prehistoria como organismo simbólico a partir del Siglo XIX, su pasar por rechazos varios, el tuyo incluido así como el mío de antier; su pasar por geniales delirios como el sucedido justo después de la primera edición del darwiniano Origen de las Especies cuando a un erudito le dio subirse a la meditativa mesa de la Biblioteca Nacional de Londres, bien hecho, Mr. Smith, tras traducir del sumerio la narrativa del diluvio universal por aquellas calendas decimonónicas exclusividad de la fe bíblica; subirse, digo, a la mesa para allí encima oiga, mire y vea cómo es la vaina y a bailar se dijo, a bailar encima de la cima

homínida al desnudar su cuerpo británico tal cual como si se tratara de un caleño más.

Su adaptación, la de la prehistoria, a las distintas nuevas épocas hasta llegar a esta, la Postmodernidad digital; ese su falsificado ser la prehistoria como para el público en general es hoy; más o menos eso o algo de similar catadura con paso par pretendo hoy ante ti señalar o a ello al menos un vistazo mutuo dar, como quieras y/o como fuera, salga o sea este redondo visitar nuestro inmenso caminar homínido, tú en el no breve nido del entorno de tu interioridad y yo en el mío. No te lo dejes arrebatarse. Pensar, fuera de resaltar, también nace y vive del saltar las púas de la cerca mental impuesta por la normalidad de época en los potreros de este mundo al que llegaste y en el que estás. La creatividad y el a fondo verificar mueven, movido han y moverán lo humano no por el vano qué dirán sino porque esa es la función evolutiva que nos corresponde en la armonía dispar de las presencias derivadas del chorro espacio-temporal universal; ¿chorro no? ¿Muy coloquial? Bueno pues, derivadas del flujo del calor que por su simple andar complejiza desde el Big Bang la energía en inorgánica e orgánica, incluida la bella duda que esta crónica te merece, además de lo que en ti mece y de lo que mañana vendrá. Agradece la presencia que eres; si puedes, agradécela toda ella; salta hacia atrás un paso a la vez, hacia atrás, hacia el compadre neandertal que dibujó lo arquetípico de la elegancia

simple en un mural y más, más allá, hasta el agua brutal o magnánima y más allá hasta que tu conciencia homínida perciba los mimos de los sesenta millones de neutrinos que cada segundo pasan a través tuyo y besan tu cuerpo mamífero. Ah, mi lectora serás, mi lector voraz, el construido filosofar latino si en la por ti escogida primera página ahora empiezas la veraz mirada de estos ayer, historia y mañana. Con el modo de la Premodernidad renovar el ritmo del respirar durante lo que duran los siguientes dos minutos con 53 segundos y medio, eso sugiere este aguijón perpetuo en su picotear el trasero del errar metódico inserto en la concepción de la historia como una escalera, oye, tú, estético mamífero que en el pendejo espejo mientras te peinas reinas pero no en la Tierra Madre. No existe quién o qué en ella no halle el límite de cada alarde, el límite de lo que imite o el de cada tarde, de lo que raja y parte, el límite de lo que mana y arde de y en la piel homínida, el límite impuesto por la leyes del Universo que ponen a cada ser en su puesto y en su merecer. El primer paso es merecer el producto evolutivo que somos, dentro del cual habita nuestro entorno interno, nuestro Yo de cada quien, nuestro hábito acostumbrado a ser uno y, por el otro lado, nuestra capacidad para de ello sacudirnos y aterrizar; o lo que es el mismo decir, sacudirnos y poner los pies sobre el origen de los no vírgenes barro, firmamento, canto y cemento. Ojalá sin lamentos distintos a los que aúlla cimarrón Eolo, el que ceniciento y simple viento denominan quienes quieren

dominarlo y no lo dominan; a él no lo logra domesticar ni el inaugurar ni el consolidar ni el despedir de los procesos civilizatorios, sea el de Asiria, Persia, Grecia o Roma, la que cantó y canta *delenda est Carthago*. Todavía la normalidad de época lo cree así mientras esto lee. Quizá después y a la par que se levanta del sillón estas vainas medita dos minutos con 53 segundos y medio; lo preciso ya que a este respecto resulta a la vez el mío y el único récord por mí conocido. Supérame, te lo sugiero, te lo tejo y te lo pido. El que manda exige de inmediato aquello que a pausas brinda el que convence.

ENSAYO MENOS CINCO:
LA FORMACIÓN DE LA RACIONALIDAD

A un poeta sajón

Jorge Luis Borges

Tú, cuyos ojos vieron el Sol,
Esa famosa estrella;
Tú, que viviste no en el rígido ayer
Sino en el incesante presente,
En el último punto y ápice vertiginoso del tiempo.

Ya que el presente es más, pero no es menos, que el lugar en que te coloca la noción de historia que acatas, y ya que, digamos, ciento cincuenta años lleva vigente el sentido actual del presente, tan distinto al griego si a eso vamos, informo que, no como antes Roma, Grecia y Persia y Asiria, la Modernidad casi cumple, casi pero no puesto que, al menos aquí en Cali, casi no vale; la Modernidad, pues, no alcanza a cumplir, aunque casi, con aquel momento de los procesos civilizatorios en el cual se forma lo que llamamos Racionalidad. Racionalidad que defino no como el andamiaje meramente conceptual elaborado al final del primer momento civilizatorio sino como la normalidad de época que se da al final del segundo momento en forma de tripartito organismo; organismo conformado por lo simbólico, lo instrumental y lo de la específica organización de un conglomerado poblacional que en el afán por lubricar su bolsillo ha extendido a distintos pueblos y lugares su imperio de la costumbre y su ganancia de la bonanza.

La Modernidad no se narra desde sí misma; reclama tener edad romana, dos mil doce años, doce meses y doce días. Su racionalidad y su industrialización lucharon entre sí alrededor del año 1900, negando a la cultura europea cosechar lo que con la locomotora sembró desde 1736. El *american way of life* decapitó el proceso civilizatorio europeo en el momento en que la industrialización globalizaba pormenores y mercados.

El andamiaje conceptual de la racionalidad europea no alcanzó a ser la normalidad de época del Siglo XX; el pragmatismo gringo cooptó el espacio y de un tajo impidió que la Modernidad fuera un proceso civilizatorio que se basta a sí mismo como un todo. El esquema inicial de la racionalidad de ese proceso fue europeo pero condujo a una normalidad de época putativa, criada al instante de un siglo como *american way of life*; not slow food, baby, fast food it is.

Surge la normalidad de época, cualquier normalidad en cualquier civilizar, sea asiria al igual que persa, griega, romana o su acápite moderna, cuando ha pasado la mitad de su camino como proceso civilizatorio, cuando va en medio del segundo momento civilizatorio, cuando el entorno exterior todavía rebosa fertilidad, bosque, agua y consuelo y la plataforma instrumental consolida su engranaje social sobre lo que el mapa biogeodiverso del territorio exige del conocimiento y que esa civilización llama saber, ética, ciencia, técnica o tecnología, mito, positivismo, arte o juguete del niño; petróleo aquí, pesca marina acá, bosque tropical allí, iglú no en el Sahara y así se decantan epistemologías, albañilerías, minifaldas y cosas tantas y tan febriles. Epistemologías, o como quieras decirle al conocimiento si funcional, que a su vez decantadas son por la amplia laxitud de lo que no varía en el matorral patagónico respecto a su primo andino o siberiano o chino; decantadas, pues, por la

igualdad con que la fisiología mamífera equipara destinos e intestinos sin importar locación; decantadas por la similitud de la fotosíntesis en toda la biosfera y por la del espectro químico más allá del talento local y de su sobre ello ignorancia o manejo ya no experimental. La unidad temática que biotopo y bioma representan para las ciencias naturales consolida la validez del conocimiento hecho verdad, imperio y racionalidad de los procesos civilizatorios en el estadio en que su capacidad instrumental adquiere la madurez que a la larga tendrá pues ha detectado ya la especificidad de lo grande o de lo partible del hacha o del remo o del yunque o del puente o del anzuelo o del navío o del pozo petrolero o de la mina o del maíz; es el periodo en el cual una plataforma instrumental ha tomado la radiografía social de cómo como colectivo se relaciona con los recursos naturales, con el ecosistema, pues la tecnología se esculpe así o asá con base en las necesidades sociales satisfechas por la domesticación del agua, de la flora, de la fauna, del ladrillo, de los metales, etc. No duda, como no dudaba Adán, el contemporáneo de ese momento que esa prosperidad aumentará o por lo menos mantendrá su bienestar. He ahí la sensación íntima de cada cual hecha sazón espiritual comunitaria que conduce a vivirse como quien sube una escalera. Montado sobre la ola última de los instantes de la historia, ¿quién duda hoy que el mañana será mejor que el ayer? Es el sentido mismo del progreso lo que anhela el paraíso, es la forma global de señalar lugar a las naciones

según en vías de desarrollo o en desarrolladas, a los estratos sociales, los colegios y las universidades, es la competitividad que valida al *number one*, al que está en el escalón más alto, a Adán como arquetipo del mejor vendedor, el que por eso está en el paraíso con la mejor neurocirujana, futbolista, actor o lo que sea.

El medallista de bronce en los cien metros planos de los Juegos Departamentales del Valle, la mamá, la envidia del primo cojo y su entrenador saben que le faltan dos escalones por subir; dos metales, la plata y el oro; metales son porque la lítica gramática del día nómada no los conoció; los metales como exclusivo don sedentario que nos distingue de los que en la piedra se quedaron. La noción de escalera funge de arquetipo colectivo, se hace máscara de Adán que marca no sólo qué es historia sino qué es validez personal, cuánto el sueldo mensual, labor bien hecha, estudios a cabalidad y el loar a Generoso, qué bueno baila usted, etc. y demás.

La noción de escalera rectora de cotidianidad e historia dura mientras el proceso civilizatorio acuda a cumplir con el mandato de ser un subir permanente, consistente en el inquebrantable siempre trepar un escalón, en el estar mejor este año que el pasado, en cambiar el auto modelo de hace cinco años por uno que presume ser del año próximo. La

manía de ir en la cima de la escalera de la vida lleva a generar la idea de que tal marca de autos está un escalón o un año más arriba o más adelante que esta lenta vivencia terrícola tuya y mía, igual que los periódicos del domingo que llegan el sábado. Señala eso que hoy no sirve vivir en el último punto y ápice vertiginoso del tiempo, ya que el ahora ayer fue puesto en venta y, qué cosa, comprado.

Pero cuando la revuelta o de natura o de la ira o de otra cultura, la revuelta si madura cuando impide que la época acuda a traer ante el público general la novedad del siguiente escalón, la duda ejerce la plena exquisitez de la sensatez. Es de lo conmovedor lo más decantado de los momentos humanos; el fértil mástil de las nubes como naves veloces que con sus alas osan dejar de lado la siguiente ola, los ojalás del presente, las esperas piadosas y las dilaciones excluyentes; las naves naves ya sinceras como los hechos y las fieras o ya hijas de la pereza resuelta siesta y entereza, se lanzan al clamor del vuelo del ingenio. Es de los procesos civilizatorios el momento del grande horizonte que lo posible reserva a ciertos individuos para que lo mediten, canten y ofrezcan. Soy el secretario del Universo, se resumió Balzac al ser preguntado en qué labor se desempeñaba; no te rías. Lo fue. De ese momento pleno de lo humano, lo fue como lo fue Byron, como Hugo lo fue y Dickens y Tolstoi y George Elliot y Henry James y el más duro

de los tiernos, el más aplomado de los resabiados, el iluminado Fiodor, Mijailovich él, Dostoyevski, un abrazo, maestro.

Ese momento despliega, indaga más bien, las fracturas argumentales de la racionalidad de tal o cual proceso civilizatorio, se aleja de la normalidad de época porque nada que llega y nada y vuelve y juega y nada que llega el exigido siguiente escalón. Cualquier normalidad se basa en la continuidad de su presencia. Rota la continuidad, cualquier continuidad, surge un momento de confiada espera en su pronto restablecimiento, pasado el cual salta la liebre por donde menos se la espera; salta Voltaire su menester, baila Catulo sus “rumores de los viejos severos que todos a una estimamos menos que diez centavos”, Aristófanes los tropiezos de los afanes y de la guerra en la figura de Crespo burla a su propia cultura y para el caso de la Modernidad salta Federico Nietzsche; tan amables todos con la novedad. Mejor dicho, ellos y Federico, ese momento del espíritu para no caer en la falta de lo que falta asalta e incendia, cada uno, el caserón de la racionalidad, en este caso europea o de la que por ese momento de lo civilizatorio la presente sea.

Como la brisa anda danza cada uno sobre la ceniza y, en el caso de Federico, con el brío bárbaro de un griego común y corriente lanzado sin pena ni gloria a lo rotundo de alegría, a

lo rotundo de la vivencia sin brida, a la alegría en su sentido previo a la romanidad postVaticana, a la que tanto vitupera y detesta. Dice Federico que de entre los olímpicos la racionalidad europea la concibió Apolo como formalidad ética vertida anestésica estética y rutina sin la sagacidad que opina, suda y vaticina; racionalidad a la que se le podría colocar el avisito de algunos hotelitos de las carreteras de provincia: Ambiente familiar y honesto. Qué risa, qué huracán tan sueltamente tenaz. El golpe avisa.

Sé que alguien lamentará que no traiga a colación la completa ración del discursito del presentador oficial de nuestra época: “Señoras y señores, esto es lo correcto. Y que nadie oiga a Federico: en esta normalidad de época no es cierto que la moral sea corregir...”. Un par de aplausos y el abucheo del silencio obligan a salir al paso: “El paraíso es perfecto, mijo, perfecto. No sea necio: ¿cómo así que dónde está? Lo estamos construyendo, lo estamos construyendo en contra del escepticismo. La Escuela de Boston ya predijo el Optimismo Tecnológico, que resolverá estos traspiés coyunturales de la falta de agua. ¿Que qué? No sea pesimista; con que falte el agua basta. No hay que mencionar lo demás”.

Bien capta la coyuntura de 1900 la aún niña racionalidad del pragmatismo, la cien años más tarde vemos como la ya

referida y adulta perfidia bondadosa del presentadorsillo; bien se hace coraza el pragmatismo alrededor de 1900 y deja de ser razón o corazón, que son las dos vertientes practicadas por la racionalidad europea, Kant o el romanticismo. Coraza corporativa, coraza financiera, coraza musical, coraza del que va a lo que va de una manera que hasta el saludo planifica y cómo sentarse y la respuesta a las de antemano previstas objeciones y cómo jamás de los nunca permanecer en la reunión más de diez minutos después de cerrado el negocio pues cualquier comentario tangencial vuelve y lo abre y vuelve y juega, etc. Coraza sentimental que alega que el infringido dolor ajeno, sudor sin sueldo, la herida madre y el nieto flaco como alambre quieto; que alega que todo ello no fue asunto personal de ella o de él sino negocios y su andar: It's nor personal, it's only bussiness. El comportamiento en Cali y la Latina América, allá menos y acullá más, ya no llega de la nobleza o aristocracia de Europa, ya no lo rige Carreño, el venezolano lambón que en estas tierras por ahí hasta 1960 modeló los buenos modales, puso la caricia lejos de la teta y los codos nunca sobre la mesa. Después de 1960 aquí, en partes otras antes o más tarde, ese pañuelo caído con el propósito de alentar amoríos se volvió servilleta de papel lanzada al cesto de basura. La etiqueta decimonónica se quedó quieta, muerta no, ante la nueva etiqueta comercial, a la cual le importa un rábano no saber cuál de las tres es la cucharita para la sopa ni

tampoco desea aprender cómo lograr no ser notado en Picadilly.

Todo eso, se dijo el pragmático, el gringo, todo eso lo vuelvo picadillo con mi de hecho haber subido al peldaño siguiente en la escalera de la historia. Alabo sus museos como lo mejor de lo europeo sin reírme ni por dentro ni por fuera porque a alguien se le ocurra que lo mejor de uno ya pasó. Lo mejor es el hoy, eso que debería aclarar callo mientras lo humillo con mi eficacia industrializada y lo atiendo no con mi gracia sino con mi lengua en mi lengua y en mi casa. Eso si va a comprar caro o mucho o a vender algo necesario, bueno, bonito y barato. A mí me da lo mismo; todo lo que produzco lo vendo. Ese distanciamiento anímico del self made man, del humano satisfecho por haberse él mismo hecho, el cantado por Whitman, la distancia de ese distanciamiento refrenda con los días una nueva racionalidad; ese distanciamiento neutraliza el proceso previo de la racionalidad europea, lo seca como culturalidad civilizatoria hecha para ser una racionalidad que normalizará siglos varios. La civilización europea sucumbió; lo demuestra que su prosperidad tras la II Guerra Mundial la debe a la nueva racionalidad gringa y la paga con su integración a esa respectiva nueva normalidad de época.

El nuevo talante de época actúo sin ironía ya que de ironía el acero carece; sin ironía, de frente, pues, sin doblez como el ardid aleve ni doblarse como la palma ante la tormenta; es decir, como el acero es sincero, inflexible y bueno para sostener y para pegar golpes genial, el *self made man* impuso rascacielos, cuento infantil, arquitectura urbana, gastronomía citadina, chicle, narrativa audiovisual, carro, certificación, recreación y anhelo e idoneidad.

ENSAYO MENOS SEIS

LA FORMACIÓN DE LA NORMALIDAD

Dedicado está, poeta hijo del cine,
a Eugenio Jaramillo, vos

TO A HISTORIAN

Walt Whitman

I present the cause
of the life that has seldom exhibited itself;
the great pride of man in himself;
chanter of personality,
outlining what is yet to be
I predict the history, not the future.

(Presento la causa de la vida
que raramente exhibe lo que es:
el gran orgullo que siente el hombre por él mismo;
cantor de la personalidad,
delineando lo que todavía está por ser
predigo la historia, no el futuro.)

Alrededor de 1900 miradas profundas surgen de partes varias pero, porque las amo y por prioritarias, aquí menciono las de quienes nacen en Estados Unidos y, por ende, crecen y se hacen en la nueva racionalidad gringa pero ya en la juventud les queda corto el traje con el cual *el american way of life* pretende o satisface al día. Águilas que eran cruzan el charco atlántico para quedarse a vivir allá y aceptar la nueva nacionalidad, inglesa o la que fuera. No cabían en la nueva racionalidad pero los fortalecía como perspectiva independiente que eran entre la pragmática y la no moribunda pero sí decadente europeidad. Se fueron con el fin de establecer su empatía con el andar de las cuitas, del amar o padecer los días como quien, para pensar, se sitúa no aquí ni allá sino en el equilibrio íntimo durante el ejercicio de lo que crece no menos de lo que merece. Fueron muchos, y no únicamente artistas, periodistas y comerciantes, los gringos que en Europa se establecieron y que murieron convencidos de haber vivido de una manera más interesante.

De esos muchos traigo aquí a dos vitales para que entiendas lo que te digo: T.S. Eliot y Henry James. La entera obra a ello dedican pero puedes comprobarlo con que tu lealtad visite del poeta lo de *Alfred J. Proufock*: let us go, then, you and I and make our visit y del narrador *The American*. De éste *The Europeans* y *The Waste Land* de aquel; también estos leas, te digo, si lo deseas y lo puedes: de cada cual el ímpetu y su

carrera en su verraquera empieza o es vacío socializado escudo mudo, ventrílocuo o mentiroso. Ahí, en ese intento de T.S. y de Henry por compaginar sincronías, oratorias, modales, denarios e ironías por parte del más que centenario árbol de la racionalidad europea, por un lado y, por el otro, por parte de las escuetas sinceridades del mozo resuelto, musculoso, emprendedor y desenfadado, del mozo que no vislumbraba en el mediano plazo de las praderas de la historia a alguien que lo refutara, lo detenga o detuviere o lo inmute e hiera, el mozo industrializado que no previó la finitud de los recursos de la Tierra Madre, el final del paraíso, que no era la ciudad ni la economía sino la biosfera, estúpido.

Así que escuetas sinceridades de los unos e ironías de los otros darán el contrapuesto panorama de esos momentos alrededor de 1900, de cuya decantación somos canción y lamento, o sea normalidad; panorama de lo que como humanidad éramos en el confuso momento en que la historia no se decantaba ni por la racionalidad del colonialismo europeo ni por la del himno industrializado. Forcejeo entre el pragmático y el gramático ejemplificado en las respectivas gestas de la disputa entre dos racionalidades, despectivamente resumidas cada una en las dos comparencias presidenciales ante sus respectivos congresos, quizá ambas en 1905, quizá alrededor. Primero la del icono de esa nueva racionalidad, Teodoro Roosevelt, al afirmar: I took Panamá y, segundo, la que todavía

presenciamos los colombianos al ver resumido el final del mandato de aquel gramático enorme y por igual deforme hombre de Estado, el Presidente José Manuel Marroquín, con su frase proverbial: Recibí un país y entrego dos, Colombia y Panamá.

Escuetas sinceridades que en el costal de Mark Twain amontono y al Mississippi arrojo. Míralo, ahí va. Va ahí con su consejo “No venda tierra que de eso ya no hacen” como resumen del litigio entre la estancada nobleza terrateniente europea que, para comer y vender, nada poseía salvo tierra, alcurnia, modales y memoria en medio de su pelea con una racionalidad que en su intención dispuesta a fabricarlo todo se encuentra con un límite, las praderas que ya están fabricadas.

Míralo; ahí va el costal de Mark Mississippi abajo, hacia Nueva Orleans, con su decoro dicharachero al cumplir con la misión de toda pluma de libre vuelo al señalar, respecto al intento previo, el europeo, el distanciamiento elaborado en su recorrido por una racionalidad, la suya, a la cual producto de esa autonomía ingenio, seso, brazo militar y desmesura comercial sobran durante los balbuceos de la bravía juventud de los procesos civilizatorios que, vistos desde la madura perspectiva de los períodos históricos, no merman como decantada huella que son pero merma, sí, su posibilidad de tener razón.

Twain, como buen necio escogió bien, escogió a Walter Scott para demoler la racionalidad europea; necio serio el carajo ese, mirá vos, vélo vé cómo se menea y no se va por el lado de Balzac o Hugo, de Byron o Dickens, sino que le tira piedras a Walter Scott, el que, vida mía, dejó de escribir poesía con el bello y brevemente sabio argumento según el cual Byron lo hacía mejor que él. La cita de Mark: “Then comes Sir Walter Scott with his enchantments, who sets the world in love with dreams and phantoms, with decayed and vanished forms of religion, with decayed and degrading systems of government, with the silliness and emptiness shammed grandeur, shammed gods, shammed chivalry of a brainless and worthless long vanished society”.

Scott es complejo y mediocre; tú, que hasta ahora me lees, no. Lo cual me exime de la traducción. Tilda, pues, Scott la cultura inglesa como hermana de la suya, la escocesa, pero ni la toca ni la determina en su paseo matutino, siempre matutino el simplón ese, por la vegetación, las veredas, la memoria extraña y los teguas sabios y analfabetas que de niño aliviaron el polio que burló a sus eruditos tíos médicos, grandes profesores del reciente Edimburgo y de su nuevo claustro; en su matutino paseo que conducía, él lo sabía, a la formación de la cultura escocesa como ente simbólico autónomo, no siamés de su hermana inglesa. Para ello se devolvió al período previo a la Modernidad, antes de 1736.

Ivanhoe es el héroe, no Luciano de Rubempré ni mucho menos Daniel D'Arthez o Jean Valjean para no mencionar al Presidente de uno de los dos únicos clubes, el de Pickwick, a los que Groucho Marx y yo no nos negamos a pertenecer para poder tocar en la banda del club local del Sargento Pepper junto al Mr. Clarence, el saxofonista; Ivanhoe, por favor, que no conoció la locomotora, que vivía en una “brainless and worthless long vanished society”.

Eso respecto de las sinceridades escuetas. De las ironías baste las que propinó la nobleza familiar de la encantadora europea que llenó el ansia global de Christopher Newman. *The American* comienza, sigue y termina así: Christopher Newman was a self made man. Con apellido y todo; new, nuevo, y man, hombre, dan la noción de hombre nuevo que una y otra vez la historia ve crecer y sea este el dispar caso presentado tanto en el the american way of life de Christopher Newman como en su contrario acaecer en las sierras maestras de las barbas del Che. Nótese el Cristo como imaginario que ata a ambos en cuanto icónico diseño: primero) Yo, Christo-pher a fuer de Cristo Newman, o sea Cristo fue, como yo, hombre nuevo y en esa calidad de hombre nuevo él y yo recibimos vilipendio en medio de lo que vendió o compró el día y compendio necio o serio en lo que ceden o adquieren las décadas, que a las semanas gobiernan y guían; y, segundo) yo, conductor de camión latinoamericano, me siento protegido y sano cuando

en la telita de caucho que cubre el barro que salpica la rueda trasera derecha está la barba del sereno Nazareno y en la de la izquierda la del Che. ¿Por qué?

Christo, en griego, significa enviado por la divinidad; enviados de los cuales el rubor presencié no varios sino muchos, entre los que sobresale Empédocles, el que congregó miles y miles y con ellos anduvo para arriba y para abajo, como el otro con doce. Para no desmerecer que por los divinos fue enviado, él y lo suyo todo, la elocuencia, el genuino orden de las cosas en este mundo, la mirada fija en la lejanía y la cortesía; para no desmerecer, digo, debía vencer en la prueba feroz alegada por lo putrefacto del cuerpo cuatro lunas tras finalizar el periplo que empezó en la cuna. Mejor dicho, para no podrirse Empédocles se arrojó al vivo volcán del Monte Etna. Sus afamadas sandalias de oro, que quizá por amadas antes de quitó, traicionaron el destino celestial al que se lanzó, que ellos decían olímpico, al quedar bien parqueadas en las riberas de lo que quema el cráter, fogón intestinal de la Tierra Madre. Cristo no era, después de todo. La decepción popular no hizo excepción con suicidios, alaridos, separaciones pre y post matrimoniales, patrimonios vendidos, etc.

Porque su cuerpo no fue visto conmovido con el molesto pero previsto afán del oxígeno cuando descompone la materia

orgánica muerta; porque a los tres días no encontraron su cuerpo donde lo habían puesto, Jesús conservó su calidad de enviado en aquello que la memoria colectiva de sus contemporáneos reservó a lo divino. No entre todos, por supuesto: los hebreos aguardan aún la llegada del Mesías, del Christo, de uno que nazca y permanezca judío.

La geografía, la espacialidad física, no el potrero sino el jardín, el lugar destinado a ser el paraíso, el edén, es el hogar de la noción de hombre nuevo, con la que tildó Cicerón a los poetas jóvenes, los Neoterói. No puede quitar de su piel ósea el sedentarismo la noción de paraíso contrapuesto a su propia y diaria historia; no puede como no puede arrancar el latido arquetípico de su memoria iniciática del primer instante sedentario, del instante de lo comunitario durante dos milenios largos después del año 7000 a.C. No descuides que a.C. refiere lo que sucedió antes del hombre nuevo, antes del Christo, porque el paraíso es necesario en la memoria colectiva de lo sedentario ya que sobre el arquetipo de esa promesa convenció a lo humano de cuán conveniente, de cuán pertinente, sería y es el abandonar el nomadismo, el asumirse ciudadano, el voltearle la espalda al camino que a Natura conduce. El paraíso nace como mecanismo para que la rebeldía del último nómada y su camada supongan que así vivirían en la ciudad. El sedentario lo adoptó con asco al principio; los dioses urbanos, hartos del patán Gilgamesh,

gimen porque saben nula valía la de un mundo sin la cordial armonía entre iguales y a Enkidu crean como contrapartida de la fraternidad nómada.

A partir de la consolidación del sedentarismo, mucho antes de la Edad de Hierro, tal como la Edad de Bronce fabrica Nestlé, el historiador, leche y miel en derroche cruel, la noción de paraíso se hace martillo y clavo para construir el nuevo peldaño de lo humano; el paraíso es el martillo con el cual el hombre nuevo abre espacios donde antes no los había, construye ahí su casa no para el hoy sino para cuando deje de ser actualidad y logre ser la panacea, cuando no oiga ya el terrible sentenciar de Fiodor Mijailovich *Mañana, mañana terminará todo*, incluido el huir del sacudido día y de su estrategia suicida de exigirme lo uno y lo otro y lo demás y así exigirme hasta que tengo que descansar, que tengo que amar, que tengo que ser feliz; ¿habrase visto?

La promesa que el primer sedentario extendió al último nómada, el paraíso, es un compromiso de la racionalidad sedentaria; uno que las generaciones que nunca conocieron al último nómada recibieron y reciben como memoria colectivizada premisa arquetípica de una costumbre urbana ejercida desde Asiria. Arquetipo en que resumida queda la falsa promesa del paraíso sedentario, el no ser un mejor estar

que el estar nómada, el aumento de horas requerido para adquirir lo indispensable en el sano y no dificultoso pasar la vida de forma amable, que el nómada cumplía en una tercera parte de lo que como sedentario de cada sol trabajo; la familia como responsabilidad mía cuando la tribu de antes hacía las veces de guardería, techo, baile, vestido y comida; el obedecer la boca del dinero y no la del niño o la del sabio o la mía, porque desde ella se pronuncia la epifanía de una urbe inmensa que desde la lejanía impone ley ajena, costumbre no mía porque varía según si el sudanés y negro Taharqo tumba al faraón a su tumba y faraón se hace, reina como el cuarto faraón que reinó sobre los reinos combinados de Kush y Egipto, a los que impuestos y distinta cordura africana impuso en la tinta de los papiros y en los giros de los jeroglíficos pero, cuando muere, los egipcios que lo vencen y matan demuelen su legado y para que no sea notado lo meten como otro más en la manada de faraones y dinastías como el 4 de la 25. La de Taharqo es una racionalidad a fuego y letra impuesta pero abortada luego por la normalidad de época posterior; por favor, no perder de vista no la periódica exactitud de su ocurrencia sino lo ininterrumpido de lo cíclico de coyunturas similares en distintos procesos civilizatorios, no únicamente en la formación de la normalidad de la Modernidad.

En efecto, después de 1900, ante el empuje de la del gringo la racionalidad europea no claudicó sin más de una pelea.

Primero peleó consigo misma hasta suicidarse en la batalla de Verdún. Nietzsche tenía razón, concluyeron unos al final de la I Guerra, que luego derivan en dos personas por completo diferentes; el que se acogió a Federico como afirmación del por el superhombre merecido paraíso, o sea el nazi fascista con sus charreteras, por un lado y, por otro, el que se acogió a Federico como duda de la racionalidad europea a toda racionalidad extendida, tan tiernitos ellos y su candor analítico tan fiero, o sea el actual postmoderno que eres o eras.

Para el pragmatismo de la nueva normalidad de época poco importan los bandazos vanguardistas mientras por ese conglomerado circulen los papелitos verdes de la Federal Reserve. Racionalidad de acero es porque de los metales el acero es su exclusivo fuero instrumental; de acero, pues, la racionalidad que no se mueve de su sitio llueva, truene o relampaguee; al acero hay que moverlo a la fuerza; sin el aleve ataque nipón a Pearl Harbor, Roosevelt no entra a la II Guerra contra el Eje, Italia, Japón y Alemania; o no entra a tiempo. Dicen que, de las muchas en los siguientes poco más de tres años, fue aquella la primera querrela entre la realidad y Hitler perdida por el frustrado pintor austriaco que planificó la Quinta Monarquía y la denominó el Tercer Reich. Ese día contra los sordos fantasmas de Hirohito, del Imperio del Sol Naciente Emperador, gritó Hitler en los oídos del subteniente Rhan, pataleó sobre su escritorio imperial y sobre los mapas

del futuro, de los panzer y de los campos de concentración y, en fin, perdió los estribos como reza lo coloquial y como constata quien del destino o del equino cae. Pataleta de Adán, pataleta de una racionalidad que conduce al paraíso a los arios y a los otros dedicados deja a los oficios varios en el paraíso demandados.

La propuesta nazi fue construir el imperio de la Modernidad alemana, uno que duraría mil años y caería. Hitler no especificó si el Tercer Reich, la Quinta Monarquía, caería por la mañana o por la tarde. Sobre eso hay varias teorías, como decía un tío mío cuando no quería ni exponer o comprometer la suya ni burlarse de las expuestas. Sigamos, pues, Chaplin, espíritu burlón.

No en vano el ser y el tiempo de Martin Heidegger pusieron las charreteras nazis sobre sus hombros y los puntos sobre las íes alrededor y encima de que la intención de ese par de generaciones alemanas era vista en su momento y no sólo en Alemania como la lógica salida a la crisis del proceso civilizatorio europeo. Por eso el mundo conoció lo temible, porque en la escalera de la historia se estaba ante la propuesta inmediata de un escalón que así estuviera más arriba era y es inaceptable. Subir por la escalera de la historia no siempre alza la estatura de lo humano.

Otros hubo que, tras que en Verdún se suicidó la razón occidental, ni se asomaron por afirmación o duda de Federico ni supusieron crisis distinta que la de no haber escogido bien cuál habría de ser el siguiente escalón de la historia, el hacia dónde dirigirnos que señala el qué hacer; aquello Marx y esto Lenin. El marxismo se basa en el impulso ascendente de la historia como una escalera en la cual que pasó derecho por encima de la esclavitud de la Antigüedad, por encima del siervo feudal y una vez que alcanza el escalón capitalista el siguiente e ineludible salto, por la fuerza misma de los hechos históricos, trepa hasta el escalón socialista antes de rebotar hasta el peldaño final, el comunista, el paraíso real, el constructo pleno de la racionalidad europea. Así buena parte de mi vida me entendí como sujeto inserto en lo histórico.

Pero los hechos empezaron a argumentar conmigo y recuerdo una de mis ya viejas preguntas de universitario: ¿el comunismo es parte de la Modernidad? La racionalidad de la Unión Soviética fue adueñarse de la Modernidad. Marx no renuncia a la racionalidad de la Modernidad, de la cual, al contrario, se siente refinado artífice de su obvio y sensato resumen propositivo.

El Siglo XX exploró a fondo las dos posibles salidas a la encrucijada de un proceso civilizatorio roto antes de

consolidarse, que desde la derecha total y desde la izquierda total agotan la breve fantasía que durante un tantillo más de siglo y medio concibió la historia como una escalera, como una inmutable subida, con el mañana como una espada de Damocles en la cerviz del hoy día, al que tan sólo le queda la función que ejerce la antesala en los consultorios médicos. El presente termina viviéndose como el lapso previo a lo importante, el presente validado únicamente en cuanto constructor del mañana, el paraíso postergado, el paraíso como ese lejano último escalón de la historia al que si sacrifico mi entera fuerza y vida noche y día los hijos de mis nietos cerca tendrían. Siendo de ello la única prenda de garantía la fe sólida en que la historia es una escalera. Fe sólida que no puede ser menoscaba como epistemología mientras la historia sea remitida a lo que ocurra exclusivamente entre los humanos, que resulta narrativa escrita desde el paraíso, desde lo in vitro, desde el universo que lo humano se pretende dentro del Universo.

La historia real ocurre con las vacas y su propiedad notarial, las aguas y sus propiedades químicas, los potreros y sus arrendatarios, las minas de oro y sal para los corsario de turno y...en fin, la historia real, la que no es una escalera instalada dentro de una urna de cristal, la historia real ocurre no exclusivamente entre humanos sino que ocurre como la dinámica sujeta al momento del proceso civilizatorio surgido

de la relación entre la expresión máxima de lo humanidad, la ciudad, y el entorno externo a ella que la alimenta de electricidad, aguas, toronjas rojas y amarillas, etc.

La ciudad expresada desde su propio fuero como una racionalidad in vitro, solamente a lo humano dedicada y solamente de lo humano hija, expresada como burbuja racional quedó, creo, clara en alguno de mis previos escritos. De los procesos civilizatorios señalo ahora el momento del enajenamiento dentro de su propia racionalidad hecha paraíso y burbuja a través de las décadas regidas por la respectiva normalidad de época; el momento en que las lógicas de la ciudad no incluyen lo que por fuera de la urbe está; el momento que señala el afianzamiento de la formación de la racionalidad como hecho social. La urbe se supone orbe, lo humano in vitro, la piel cemento, ladrillo lo cierto, orgasmo la instrumentalidad y la educación entrenamiento. La racionalidad adquiere la quieta forma del espejo en que la ciudad se mira y pierde su condición de reflejo dinámico de los flujos del mundo convertido en beso entre la piel y el seso.

De ser una película en movimiento la racionalidad para convertirse en normalidad de época pasa a ser una foto quieta. Roma locuta lo que la cruz susurra a la nuca, Macedonia aristotélica ajusta las cosas y asevera que la ciudad es previa a

la naturaleza, a Anaxágoras lo a Atenas cuando en el ágora argumenta a favor de lo que exige ese momento de la formación de la racionalidad y dice que el hombre es la medida de todas las cosas y a nadie le dio de ahí en adelante por dudar que lo humano no está en el mundo de las cosas sino que las cosas están en el mundo de lo humano; lo lo a Atenas cuando esgrime esa clase de slogans del paraíso pero apenas duda de las narrativas de la racionalidad de su época, cuando aprieta tuercas y siembra, cuando asevera que el Sol no es Helios, el divino, sino una roca en candela a la hoguera sus libros y él, Anaxágoras, tan amigote de Pericles, para afuera y por aquí no vuelva.

Las etapas de la formación de la racionalidad a sí mismas se exigen identidad y la de la duda es para dudar pero la de la consolidación es para afirmar, no sea tan pendejo y decídase, o nos ayuda o se va. Pero como, aún si quisiera, poco puedo cambiar o ni siquiera influir en el hecho de que el Sol Padre sea encendida piedra cósmica, me voy de aquí; ah, no lo dijo, no pronunció este, el obvio decantado siguiente argumento. Pienso que pensó que tambalearía la afirmación de que el hombre es la medida de todas las cosas, al menos en cuanto a la incandescente y pánfila piedra a cuya vera a bordo de la Tierra Madre camino circular somos pues no se perturba por nosotros o no da síntomas de ello. Pero no sucede igual con el mismo avatar respecto a Helios y a sus cosas pues los rumores

bajos de las ciencias naturales se veía que o lograban rasguñar o francamente lo herían.

En efecto, la relación entre el colectivo humano y el objeto de estudio de las ciencias naturales, la naturaleza ecosistémica, la Natura, varía según el estadio del proceso civilizatorio. En el primer momento de la llegada de una población a un territorio la relación es de amoroso asombro resuelto investigación exhaustiva de aguas, suelos, flora y fauna. El genial Thoreau representa el plácido final de ese inicial momento de los procesos civilizatorios; Walden es la plena vivencia terrícola de una especie más, gracias.

La segunda etapa, que va desde la consolidación hasta el agrietamiento de sus bases económicas, filosóficas, estéticas, etc., la relación, en medio del uso y el abuso de los recursos naturales, se da de espaldas a Natura, es negación de su simple existir, es autismo ciudadano vertido en racionalidad validada a su interior con el candor como indicador, con el optimismo como lo exigido por la camisa de fuerza de una impuesta fuerza de voluntad, todo ello gratinado con el tufo del remordimiento por no ser tan feliz como digo que soy y como logro que los demás me vean, el remordimiento porque cumplo con los requisitos de la receta para lo que define como felicidad la normalidad de época y no me siento tan feliz como

debo estar, el remordimiento porque mi racionalidad con indiscutible argumentación me convence de que esta normalidad de época conlleva necesariamente un alto estado de felicidad que no siento, que por parte alguna preveo. ¿Cómo le confieso a mi pareja que no soy tan feliz como ella me vive, me siente y me lee en el gesto y la risa? ¿Será que también se siente así?

Hay épocas que no dan para más que para estar contento; la felicidad se reserva para ciertos momentos de los procesos civilizatorios en los que la relación con el entorno ecosistémico externo, con Natura, se da física, se nutre piel y espiga respetada aún cuando ingerida, como el pechiamarillo saborea y respeta la guayaba coronilla o la vaca la hoja de hierba. La felicidad es menos asequible cuando esa relación entre Natura y persona se da in vitro, cuando la ciudad se hace paraíso, purgatorio la ruralidad semiurbana e infierno el bosque adentro. Hay un momento en que Natura no es vivencia genuina sino única y exclusivamente la tecnologización de las Ciencias Naturales hecha desde las ciudades; sin romperse ni mancharse, diríase en ese momento que sería el tope de lo óptimo.

Nada de lo humano resulta ajeno a ese aislamiento citadino, a ese declararse paraíso o poco menos como en el caso de Cali,

conocida como la Sucursal del Cielo; nada resulta ajeno a esa burbujización, a esa espantosa manera de las cosas donde pelecha la ingeniosa pero absurda metafísica. La educación cae redonda y se valida al validar sólo lo urbano mediante la simple escogencia de la locación del hecho pedagógico en un noventa por ciento en el aula y una que otra salida de campo que ha de ser validada en el salón de clase porque lo vivenciado en Natura no es didáctico para la pedagogía del paraíso, para la pedagogía desde la vivencia urbana establecida normalidad de época, ética, posibilidad única de felicidad, de criterio, de ingenio, de trabajo, de estabilidad, de opulencia o al menos de menos precariedad o como posibilidad única de creatividad.

En tal momento de los procesos civilizatorios clama el asirio su reinar sobre el mundo entero y Whitman su reinar sobre sí mismo, ama Jenofonte a Ciro y hace que el lector ame la *Ciropedia*, esa crónica esencial para captar el giro que respecto a los ayer, historia y mañana propongo en este libro; Anaxágoras reclama que el hombre es la medida de todas las cosas y Virgilio encierra eneidas copiadas del libro de Odiseo, mi amigo, para que Roma no desprecie su nombradía como especie aparte; la Modernidad, de la cual me río sin lograr plausible contención, qué pena pero qué rico, acapara el desvarío inherente a este momento de los procesos civilizatorios y de una vez para siempre excluye lo homínido

de la naturaleza al auto denominarse Sapiens Sapiens, el Sapiens hijo de sí mismo, hijo del Sapiens. En el paraíso no cabe genealogía.

Entorno a la prosperidad astronómica el vivirse Adán, el ser en efecto Adán comparado respecto a dos generaciones atrás, el paraíso que se hace paraíso porque el chorro de plata no se produce ni en Londres ni en Roma, ni siquiera en el mismo continente y cae como maná hecho sin esfuerzo, sin sudor ni mal humor, sin látigo ni rencor ni pobreza atroz, carajo. El maná autoriza paraíso; la esposa del Almirante Nelson estrena la noción de gusto mientras remodela de nuevo su mansión y se queja porque el oro de la puerta no llega de Dabeyba, se queja de la ingratitud con que le devuelven su denodado ímpetu por aprender de memoria ese nombre de loca sonoridad, Dabeyba.

Es tanta la diferencia entre la infancia y la adultez de una misma persona, innovaciones tantas reclaman de la satisfacción lo que Adán recibió del paraíso, la vivencia de la plenitud súbita, el vivirse como sucesos novedosos siempre mejorados por el siguiente empeño o semana, que la noción de historia se cambia por completo y pasa del Sistema de la Cuatro Monarquías a la historia como escalera adánica, a la historia que lo mismo se ambienta en la City, en Roma, en

Nínive, en Babilonia o en Alejandría si en ella vemos lo que resumiría la espartanización de Atenas por el hijo de Filipo, el que repartió entre sus amigotes lingotes también pero sobre todo pueblos, ríos, arroyos, campos, libros y abismos.

En ese momento cada imperio impone su propio calendario. Roma contaba sus días a partir de su fundación, igual Atenas y así los demás, China incluida. El calendario de la Modernidad, de haberse coronado imperio claro y distinto del romano, es el de la Revolución Francesa. Así se consideró ampliamente durante el Siglo XIX; así Jorge Guillermo Federico Hegel, siendo luterano, en la primera mitad de esa centuria practicó el calendario francés y así en la segunda mitad Enrique Schleimann, el descubridor de las siete Troyas, rechazó ser parte de la cronología romana y optó por el calendario griego, que religiosamente y a cabalidad cumplió hasta que murió. En el Siglo XIX el calendario romano, el que dicta 2012 años, 12 meses y doce días a esta calenda de hoy, era una estructura simbólica poco confiable que se desacató en cuanto para muchos no reflejaba ánimo, prosperidad ni osadía.

Cabe señalar que así se dio porque después de Lincoln, unificadas ambas costas, los Estados Unidos hicieron tambalear el ritmo imperial europeo y hubo un cambio de centro, una dislocación de la periferia, tácita hasta la II Guerra

Mundial y explícita después pero dominadora del Siglo XX. Cuatrocientos años, más o menos, de consolidación del proceso civilizatorio llamado Modernidad estaban a punto de apuntalarlo como la Quinta Monarquía, separada de Roma, pero los gringos no dejaron a las monarquías europeas cerrar lo que cerraron Asiria, Persia, Grecia y Roma. Es como si el Mediterráneo desde el elefante de Aníbal todavía hoy recordara la no sucedida victoria o comercial o militar de Cartago sobre Roma. Roma por Cartago reemplazada en aquello sujeto a la guerra o a lo comercial sería símil veraz para entender lo sucedido en 1900, cuando los gringos le arrebataron a los europeos el timón de ser el coloso de turno. Por eso seguimos en la romanidad, por eso la fecha real de hoy va por los dos milenio, algunos años, algunos meses y algunos días, por eso el calendario no comienza en las fechas correspondientes a la Modernidad sino que acata de Roma lo que en su lar no alcanzó a finiquitar, como el caballo que se ve perturbado al recibir un cambio de jinete a la mitad del caudal.

¿Qué le faltó al colonialismo de la Modernidad para ser equiparable al romano imperio? ¿Qué proceso abortó? Los procesos civilizatorios que alcanzan la condición de imperio lo logran sobre el supuesto de transitar con larga continuidad en una sola dirección, la de la cabeza, la de Nínive y su biblioteca, quizá la mayor de los milenios todos para cuando los días

vieron reinar al gran Arsubanipal; todos los caminos conducen a Roma. Pero para cuando iba el colonialismo a dar por fruto imperio uno y racionalidad transversal a comarcas todas, no todos los caminos conducían a Europa, no todos los currículum ni todas los universos organizacionales del aparato productivo conducían a la Europa noble, que no sabía trabajar como consecuencia de que nunca trabajó, no todas las narrativas creativas conducían a Hollywood, ¿qué digo?, a Cinecittá; y así y asá pasó igual con esto y con lo de allá.

Con el Plan Marshall el centro de gravedad se trasladó a Washington, cierto, pero décadas antes Nueva York se auto bautizó la capital del mundo y el Empire State Building no solamente es un edificio icónico de ello sino, también, el slogan de una verdad histórica si visto no como el nombre de un edificio sino como el carácter que asevera que el “Imperial Estado construyendo” está.

La ruptura, alrededor de 1900, de las lógicas hasta esa fecha constitutivas de la racionalidad de la Modernidad, la produce la llegada del self made man que no rinde tributo ni al duque bruto ni al archiduque austríaco que hospeda como un monje y su hospedaje es regio; el comerciante, el industrial, la electricidad, la sagacidad temible del astuto Ford y su Tres Patadas y la cadena productiva racionalizada labor repetida

por la misma persona todo el día en el mismo sitio porque así su fábrica, la de Ford, producía muchos más autos y en cada uno aseguraba cada tuerca, cada tornillo, bien engarzados por lo que bien llamó “un especialista en atornillar”. La ruptura total con las lógicas europeas conlleva la movilidad social con la que empieza el sendero simbólico que conduce a consolidar una nueva racionalidad mediante una nueva normalidad de época, estatuida rutina personal acorde con el nuevo vigor de la de producción económica, uno ya no basado en la propiedad de la tierra y del navegar sino en la capacidad industrial de encontrar mercados, previo convencimiento colectivo ahora tildado como publicidad.

El magnífico canto de cisne de la cultura europea, la sinfonía final, Proust, muestra la destreza minuciosa de los siglos aglutinados estilo, temática y jubilosa altura creativa, ya que de la europea inmensidad detentada durante siglos en imperios varios, arte y abecedarios comerciales, para la primera mitad del Siglo XX no quedaba más que la inmensidad de lo íntimo, que se despliega en la búsqueda de los tiempos perdidos. Búsqueda que, como el colonialismo en lo territorial y el pragmatismo en lo comercial, abre paso a paso nuevos territorios, en este caso simbólicos, como aquellas cuatro o cinco páginas que tarda el protagonista entre alzar la tacita de té desde el deliberado platico y llevarla hasta su labio y boca, retirado del mundanal ruido del entorno inmediato en

un paseo asombroso por la realidad de los caminos de la intimidad, guiado por el mapa del entorno interior de lo humano; mapa pintado sobre un mosaico magnánimo pero radical de cómo cada cual a sí mismo se trata y maltrata a la vez y por igual, de cómo es amar para la intimidad y no para lo social, de cómo se delinea el entorno interno de lo humano. Todo eso en los escasos segundos de un hecho que, mirado desde la racionalidad cuyo logo es Time is money, resulta intrascendente, en este mencionado caso el hecho de levantar la tacita de té y llevársela a la boca.

Qué iba a tener tiempo Ernestico Hemingway para buscar el tiempo perdido; actividad y día, la nostalgia como falsía decantada conversación razonada, verbos hechos hechos sucesivos, rapidez narrativa sazónada reflexión muy de cuando en vez; nada de adjetivos vueltos argumento por encima del verbo; qué iba, digo, Ernestico por allá en 1922 a tener tiempo para esas vainas. Ni más faltaba que el delicado organismo sentimental bordado en *The Sun Also Rises* no comenzara algo así como Robert Cohen, campeón de peso medio; ni más faltaba que su impecable propuesta narrativa no ate como viva ata la nueva propuesta de racionalidad basada en la premisa de que la eficacia es de lo que importa a lo humano la suprema maroma, que otros llaman gracia pragmática.

Así pues, vea usted cómo es la vaina, vea roto el proceso civilizatorio que, de seguir, hubiera dado con la Quinta Monarquía, con un período histórico aparte de los demás, con un calendario que honre la fecha de su nacimiento y revele su edad en cambio de la de otro imperio, con una sola racionalidad por consolidar y no dos, con un propósito la dirección de los caminos y con motivado paso por ellos caminar; adelante es para allá, mijo.

Considero que, para que un proceso civilizatorio marque época como un particular estar en el mundo, Asiria o Persia, el historiador ha de señalar si ese proceso logra o no la tripartita sincronía funcional entre a) una red simbólica hecha racionalidad de época y lugar, así todas canten perennes su universalidad; b) una instrumentalidad cuya madurez está precisada por lo que se busca del territorio, ya oro, ya petróleo, ya pescado, ya caucho, café o cereal y por la manera en que se lleva y trae hasta y desde las metrópolis locales y después a las regionales en su camino al eje del imperio; tránsito comercial resumido por el romano republicano como *urbe et orbi*, *urbe y orbe*, y en Roma aún pronunciado como narrativa válida para la romanidad de estos días postmodernos; y, por último, acorde con a) y b), sincronizar dentro de la estrategia adaptativa la función cumplida por c) la organización social que señala el lugar funcional de cada quien de acuerdo al plan general de centralizar en la de turno metrópoli imperial el

producto de la riqueza de otros territorios y continentes, el producto del trajín de otros suelos y pueblos. Por eso el Siglo XX remendó no el calendario sino la garantía de que es exacto, fiel e intocable.

En ese ya deletreado momento de los procesos civilizatorios lo adánico, el delirio del infatuado, el engreimiento colectivizado racismo y machismo, la argumentada racionalidad detrás del sentirse satisfecho, no del todo buenazo pero maloso poco, porque mis vestido, techo y comida son producto de mi lealtad con la pradera y de mi equidad con la satisfecha muela del vecindario. Poco sucede pero para que las personas se sientan de esa manera los procesos civilizatorios arman ética, sueldo, decoro, racionalidad y cárcel. Ahí, en ese rincón de lo humano, los siglos consolidan carácter y mañas en lo que resulta ser la normalidad de época, cuya función encapsula corazones y cabezas en una burbuja ya que sitúa su contemporaneidad como la expresión máxima de lo humano. El apartheid. El adánico destino del privilegiado necio que al trabajo físico no se ve obligado o los pueblos elegidos que a los demás miran por encima del hombro o el sureño que aplaudió al asesino de Martin Luther King Jr. o mi abuelo materno que nunca dirigió la palabra a las empleadas domésticas ni la nuca hacia ellas volteó ya que mirando a mi abuela pedía que la mucama trajera agua o sal o lo que fuera del caso, almuerzo y día.

Abstracciones irreales que prefiguran el paraíso en una biblioteca, en una discoteca, en el comedor o en la cerveza compartida con el uno y no con el otro o en el retiro genial a una finca. Prefiguran el paraíso, afirmo. ¿Por qué? Porque se basan en que el ser humano no viene de la naturaleza ni de sus ingenio y mano ni del sexo ni de la evolución y por lo tanto no es responsable de sus cuitas, viniendo como dicen que viene de algo exógeno que lo absuelve o regaña, según. Él mismo a sí propio cada proceso civilizatorio alcanza un momento en que se declara un universo dentro del Universo. ¿Qué tal la adolescencia de esa racionalidad? ¿Visitas tu día?

La Modernidad llegó hasta ese momento, no más, pero con eso se hizo Adán, burbuja, cosa nueva que nada debía al pasado, paraíso en fin se hizo y para eso alcanzó a cambiar lo que se entiende por historia, lo que señala qué es el presente. La volvió una escalera, con todos abajo y nosotros, los modernos, arriba en una especie de cielito al detal y a domicilio. No te vivas de esa ridícula manera, si puedes, si te esmeras.

ENSAYO MENOS SIETE:
REPRESENTACIÓN SUELTA
O PUERTA ABIERTA POR ABRIR

Al libertador del espíritu de la Latina América,

Rubén Darío

“Aterriza tú, que ya sabes que aterrizar es regresar a la Tierra Madre en la etimología latina y que en la inglesa land, esa sola palabra, cubre tanto el aterrizar, to land, como la tierra, the land; aterriza tú, que ya sabes cuánto huye de la Tierra Madre el período histórico auto denominado postmodernidad y cómo hacia la incertidumbre se decanta esa fuga durante esta por ello prófuga vigencia del día; aterriza, vuelve a la Tierra Madre...qué burdo: empecé este recorrido argumental en la intimidad de la charla conmigo mismo que me arroja a redactarlo. Bueno, al fin y al cabo, recabo en tu propia charla personal si mal no hago mi labor de ritmador argumental. Así que pláceme ese guiño previo a lo narrativamente correcto, lo que por escrito dice así...”...P(p)ara que la historia sepa lo que jugar rayuela lee, abre o suelta comienza, lectora, lector, no por el principio sino por donde quieras, incluido el inicio si rebelde que a fondo eres se te antoja y pete; comienza, principia e inicia con uno cualquiera de los cuatro o cinco ensayos con los que como patas de este libraco dentro de ti ato como mesa ceremonial de lo cotidiano desatada por la hermandad que me soy con la fiesta del impulso del segundero primero y del minuterero después en la celebración de esa mutua mesa ceremonial que es el transcurrir del tiempo.

Te propongo que, como mesa ceremonial de este nuestro rito argumental por igual escrito y leído, usemos esta tabla de piedra sintáctica, porque roca argumental es, sobre cuyo quizá no pulido esmero pero sí, creo y espero, abre de lo simétrico el amparo a la porción de lo escrito que la sana crítica sana y de lo medible lo métrico y de lo himnado de lo verídico lo que me pete. Sea mi caso el descrito, ya que el tuyo no garantizo que bien sabido lo sé; sea, pues, lo que aquí, en Cali, hoy por hoy compete en lo referido al *vete de aquí* lanzado contra la noción actual de historia; el *vete de aquí, mosquito*, sí, tú, vete, historia como escalera. Nublas el hoy al arrebatarnos el ayer para quitar a nuestros nietos el hoy de ellos que es el mañana de nosotros. El *quítatetúpa'ponermeyo* de los soneros duros, músicos de las ideas ellos que de la Fania se dicen, música de las ideas que a la caleñidad himna, predice y canta; el *quítatetúpa'ponermeyo* dirigido a lo que entendemos por historia; o sea, a lo que sí o no o un poco fingimos acompañar mientras fungimos como colectivo de siete mil millones de esperanzas y memorias, el hacia dónde vamos y el de dónde venimos hasta este estar en esta mesa ceremonial donde se verifica lo que persiste y anda; sí, a pausas a veces, pero que andar anda el proceso que convierte en uno, en igual y en el mismo el proceso en el cual lo homínido se hace cada vez más parecido a sí mismo, más similar a su identidad de veras raizal, previo paso al hipotético y dado caso de que alcancemos alguna vez tiernamente a unirnos al evolutivo camino de la

Tierra Madre y de los neutrinos, esos locos que nada tocan encerrados en un sanatorio porque la racionalidad de la física de nuestra época se basa en lo observable y medible de los choques de las presencias entre sí o de los choques internos de cada presencia al hundir cuitas y remedios agujero negro adentro pero como esos locos divinos con nada chocan la divinidad por el momento argumentan en cuanto aún no sabemos de qué manera, por qué y cómo no acatan el ritmo del resto del Universo, pues no hay sonido en el bongó sin el meneado y elegante choque a él dado por igual por profana que por mano diestra ya que sonar suena.

Ese sonar del tambor y mano resuena en todo lar, en todos los campos cubiertos por el universal Universo, pues es el sonar de lo que choca con lo que no es él, el estrellarse con aquello que le es diferente; decimos ciencia a lo que de ese chocado sonar escuchamos y mito decimos y fe y pintar, sembrar, abrazar, embriagar, comer; mal o bien oído tal sonar, el caso es que a eso, a chocar, se dedican las dinámicas térmicas sobre las cuales nada gobierna, una vez encerrados los neutrinos, esos locos divinos, claro está eso no en el Universo sino en lo que de él sabemos, valoramos o expresamos. Con el recorrido argumental que aquí verso, ojalá, me arrimo a la vez al Universo y a lo que de él sabemos; oigo, medito y le converso como su progenie, su discípulo y su amigo.

Aprecia tú, que ahora en ti esto lees, abres o sueltas, aprecia cómo en el mismo día, en el repetido hoy y de él en lo continuo de su ritmo; aprecia, si quieres, aprecia, te digo, que así como construido estás por él tú puedes construir una diferente relación con lo antiguo, cambiarlo no. Fuera de ser un hecho antiguo, muy antiguo, es tu derecho, el de cualquiera y el mío; derecho exigido interioridad anímica y perseverancia analítica o cuando lo humano estrena entorno exterior o cuando estrena el acabose que en ese entorno el talante de ese determinado proceso civilizatorio remienda, no cose; o sea al inicio o al término de una civilización, así Asiria, Persia, Grecia, Roma o la actual.

Mal dicho me quedó el *quid* de la vaina. El derecho aludido lo otorga la pauta no cauta del desastre ambiental; el así finalizar este o cualquiera otro período de la historia; tú, tu pareja, tu maestro o tu maestra y yo indignados pero serenos optamos por volcarnos en ese derecho construido por los siglos y el raciocinio, no por la racionalidad de época y su memoria, su memoria hecha para respaldar esa racionalidad, esa normalidad de época, esa Asiria, esa Persia, esa Grecia, esa Roma o esa..., es decir, o esta civilización, esta normalidad de época, esta racionalidad que hasta lo incierto, los huecos y los desiertos que produce comercia y como necesidad vende. Ah,

claro, lo fijó Ciro, el persa; antes se anestesia y después se convence, si se puede y si no con hacha al bosque, con yunque al valle y con espada al congénere se vence. O mi racionalidad o mi espada, o mi normalidad o mi yunque, o mi regla o mi hacha; tú escoges, sometido lar; gente sometida, elige. Pero más tarde, al terminar todo proceso civilizatorio, llega aquello contra lo que nada puede el que pega o el que habla; llega la falta de agua, de madera, de lechuga, la plaga que no repliega, el deslizamiento, lo que inunda y somete a esa racionalidad, a esa normalidad de época; sometedor por Natura sometido. Despegate de esa racionalidad, destétate esa normalidad. Si no, pues no. Nadie es únicamente lo que es hoy. Espérate; esperarte expande el mirar y eso ya es avanzar y mucho.

Lo lento de los avatares humanos reside en que está diseñado para la adaptabilidad en su Tierra Madre no sólo con base en una plataforma instrumental, no únicamente sobre un tal o cuál esquema organizacional para cohesionar lo social sino que andar anda, por igual, montado como colectivo sobre una atarraya simbólica, sobre una racionalidad acerca de la cual ejerce poco raciocinio e inmenso acatar; montado, entonces y también, sobre una inmensa y compleja red de símbolos que lo piensa, que lo determina en cuanto qué siente y por qué se sienta o camina o huye y corre, por qué trata, precluye y trota hasta que, por fin, llega a lo que finaliza el párrafo o el cuarto de hora que lo inquieta, como lo está quien en esta letra va de

los próximos quince minutos, quien en este vocablo transita su intuición, quien vuelve la cara y se mira hasta que resuelve dejar de jugar con los símbolos para que ni fueran ni sean espejos, espejos de esos que hacen que te seas como los otros te vean o te ven. Espejos no son; nutricio entorno interior, conquista evolutiva no menor son, son lo que eres, tu corazón y su salud, lo que anuncia la edad de la felicidad, si contenta. En cuenta ten que se pasean por la ancha Tierra aburridoras felicidades, macabras estabilidades que miden lo que de la amplitud humana y de su hermosa y perpleja complejidad se ha perdido; o sea, la validez de tu rutina, el desperdicio de lo que de la compleja oración de los átomos conciencia y acto somos; bueno, está bien, tienes razón: que somos en potencia. La rebeldía anímica particularizada en una persona y en otra, una por una y no en manada, es rebeldía del entorno exterior, es biosfera que se desata podadora de lo que una dada normalidad de época adora y no sólo acata; es la Tierra Madre maestra, educadora, pedagoga que de la mano conduce al necio proceso civilizatorio que la hiere, que no la mima, que irrespetea el por ella regalados techo, cuna y cama; conduce, digo, a la de sus progenies aquella que no ama la capacidad de amar a la dadora de esplendor, vida y caída por encima del estrecho funcionar de sus pertrecho, racionalidad, vacuna y arma preferida.

La atarraya simbólica, o sea lo que valoras, sientes y piensas, lo que habita dentro de cada quien como entorno interior, la psique que eres y que nadie otro a fondo verá, pesca decisiones, se auto atribuye vías, soluciones nuevas la guían y si ritman y se mueven con vaivenes y melodías mejor todavía pues con esos atávicos atavíos se atavían memoria y terquedad explícita o no; he ahí la humana función en las cuitas de esta Tierra Madre; para y por eso somos evolución.

¿Ya fuiste a Pance, Felipe Angel? Ahí, por vez primera, tu entorno interior se recorrió entorno exterior; fue en 1970, al siguiente día de que el gol de tiro libre de Teófilo Cubillas me giró libre como el riguroso ingenio no sólo posible sino hecho estético tan productivo como el normal, gol es gol, pero íntimamente conmovedor, agradecido impulso de latinoamericanidad, dinámica creativa de aquí que mientras derrota los esquemas de época goza; nosotros lo preferimos así, gracias. Lo ajeno a otros gusta, enseña el verso de Publilio Siro; ¿será de Ennio? Lo que importa consiste en que es una idea que suena, una grata a la memoria porque, ya lo advirtió nuestro Darío, el viejo Rubén, bajo el alto designio de la música de las ideas crecerá el espíritu en la Latina América; ni como Kant ni como el asno pienso: es lo mejor. A ti me debo, sabio adivino del siguiente verbo, desde el 20 de mayo de 1978; bebe este tu responso, Rubén Darío, libertador no invicto, libertador del espíritu de la que gustabas llamar Latina

América. Gusto que duda sembró en mí; duda que 34 años más tarde púberes canéforas te ofrenden este tributo no para ti sino desde ti escrito.

Referencio algo de mi entorno interior, de la yoidad de mi yo, con el objetivo de que también lo hagas tú, cuyos ojos vieron el Sol, esa famosa estrella. Ya indiqué que el entorno interno de cada persona, lo que el romano llamó númenes, lo tuyo, tu yo, en fin, pesca decisiones, soluciones y vías en los cardúmenes de lo ritmado por los melódicos flujos de la energía. Antes de pescarlas las alimenta; eso obré al traer a Rubén Darío a este paseo. Mientras más riguroso baile nuestro conocimiento, más a fondo humanos somos. Poco detecto si este libraco esto o aquello en ti potencia o acaso merma. Es un experimento cuyo objeto es quien lee, cuyo sujeto es aquella de sus peculiaridades que determina lo que cree y cuya narrativa, *fás o nefás*, niegas o eres, oye tú, hija y nieto de la biosfera, tierna hipótesis que aquí te analizas tesis terrena.